LOS HOMBRES de la historia 103

La Historia Universal
a través de
sus protagonistas

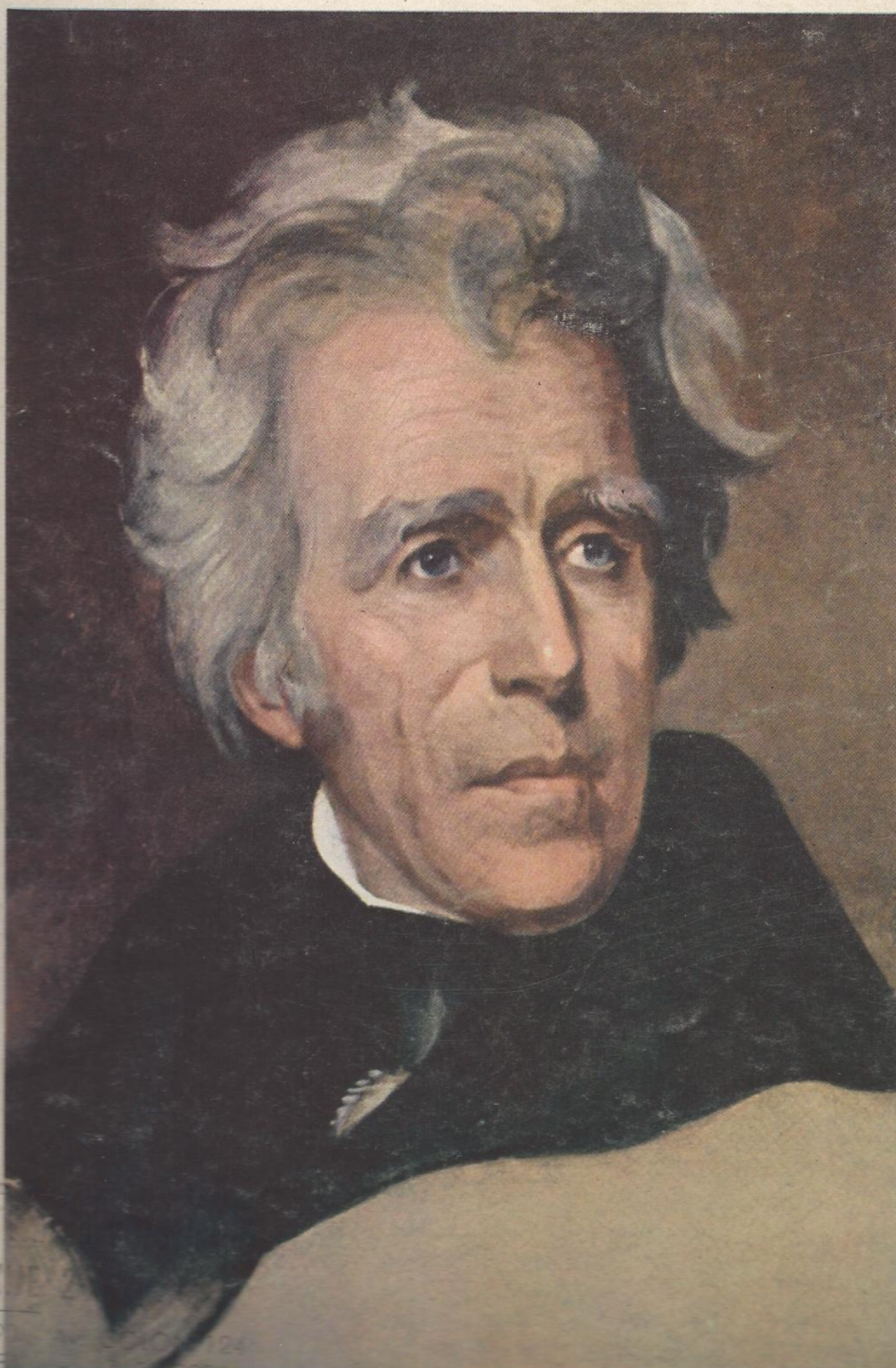
Jackson

Giuseppe Mammarella

Centro Editor de
América Latina

La Restauracion (vol 3)

(1)



Super Feria
COMPRA de
CANJE 2
Av. OLMOS 19
Av. COLON 2

Símbolo de una época, intérprete auténtico de uno de los períodos que más profundamente incidieron en la tradición política y social de los Estados Unidos, Jackson ocupa en la historia norteamericana un lugar parangonable al de figuras como Washington, Lincoln, Roosevelt, aun sin poseer las cualidades políticas o la estatura moral de éstos.

En su época, un nuevo elemento aparecía en la historia y en la política norteamericana: la frontera, con sus inmensas posibilidades económicas, sus fermentos y su humanidad caleidoscópica. Era una fuerza formidable y revolucionaria, destinada a crear la América moderna. De aquella fuerza Andrew Jackson será el más grande y el más típico intérprete: hombre de la frontera él mismo, representará a la frontera con su carga de confianza en los destinos del joven estado, su inagotable energía y sobre todo con su espíritu igualitario y su fe en los derechos del pueblo. Dando a la nueva sociedad de la frontera la seguridad de que sus intereses hallaban atenta consideración y plena tutela al más alto nivel, en la misma proporción que los intereses de cualquier otro grupo social o regional, él logró reforzar la red de conexiones de la sociedad y de la nación norteamericana justamente en el período en que la rápida y desordenada expansión y el contraste de intereses nuevos y tradicionales ponía en peligro su solidez. Tal resultado, que podía ser el fruto de la visión y el empeño de un gran estadista, fue conseguido por Jackson desarrollando una natural tarea de mediación entre la sociedad de la frontera de la que él era símbolo y héroe y el poder presidencial que reforzara y del que ejerció todo el peso. Su fuerte personalidad y una larga serie de experiencias lo habilitaron para este rol, que él revistiera de prudencia, dignidad y notable sentido político y que está ligado a la brillante posición que alcanzara en la historia norteamericana.

Nació el 15 de marzo de 1767 y murió el 8 de junio de 1845.

1. Freud
2. Churchill
3. Leonardo de Vinci
4. Napoleón
5. Einstein
6. Lenin
7. Carlomagno
8. Lincoln
9. Gandhi
10. Van Gogh
11. Hitler
12. Homero
13. Darwin
14. García Lorca
15. Courbet
16. Mahoma
17. Beethoven
18. Stalin
19. Buda
20. Dostoievski
21. León XIII
22. Nietzsche
23. Picasso
24. Ford
25. Francisco de Asis
26. Ramsés II
27. Wagner
28. Roosevelt
29. Goya
30. Marco Polo
31. Tolstoi
32. Pasteur
33. Musolini
34. Abelardo
35. Pío XII
36. Bismarck
37. Galileo
38. Franklin
39. Solón
40. Eisenstein
41. Colón
42. Tomás de Aquino
43. Dante
44. Moisés
45. Confucio
46. Robespierre
47. Túpac Amaru
48. Carlos V
49. Hegel
50. Calvino
51. Talleyrand
52. Sócrates
53. Bach
54. Iván el Terrible
55. Delacroix
56. Metternich
57. Disraelí
58. Cervantes
59. Baudelaire
60. Ignacio de Loyola
61. Alejandro Magno
62. Newton
63. Voltaire
64. Felipe II
65. Shakespeare
66. Maquiavelo
67. Luis XIV
68. Pericles
69. Balzac
70. Bolívar
71. Cook
72. Richelieu
73. Rembrandt
74. Pedro el Grande
75. Descartes
76. Eurípides
77. Arquímedes
78. Augusto
79. Los Gracos
80. Atila
81. Constantino
82. Ciro
83. Jesús
84. Engels
85. Hemingway
86. Le Corbusier
87. Eliot
88. Marco Aurelio
89. Virgilio
90. San Martín
91. Artigas
92. Marx
93. Hidalgo
94. Chaplin
95. Saint-Simon
96. Goethe
97. Poe
98. Michelet
99. Garibaldi
100. Rothschild
101. Cavour
102 Laplace

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S. p. A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Mirella Brini, Ido Martelli, Andreina Rossi Monti, Paolo Zucconi

103 - Jackson - La Restauración
Este es el primer fascículo del tomo La Restauración (Vol. 3)
La lámina de la tapa pertenece al tomo La Restauración (Vol. 3) del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 103
Zennaro

Traducción de Antonio Bonanno

© 1970

Centro Editor de América Latina S. A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en Mayo de 1970

Jackson

Giuseppe Mammarella

1767

Nace el 15 de marzo en Waxhaw, en el condado de Lancaster, Carolina del Sur.

1781

Participa en la guerra por la independencia norteamericana y es herido en la cabeza por un oficial inglés.

1784

Se dedica a la enseñanza en Waxhaw.

1785-87

Realiza estudios de leyes, es admitido en el foro de Salisbury y comienza su actividad profesional.

1788

Es nombrado Ministro Público en Martinsville, Carolina del Norte.

1791

Se casa con Rachel Donaldson Robards.

1796

Colabora en la compilación de la Constitución de Tennessee y el mismo año es elegido como diputado del Estado en la Cámara de los Representantes.

1797

Elegido para ocupar un puesto en el Senado de los Estados Unidos.

1798

Renunciante al Senado, es nombrado juez de la Corte Suprema de Tennessee.

1802

En competencia con John Seveir, es elegido Mayor General de la milicia del Estado de Tennessee.

1805-1807

Se halla implicado en la conspiración de Burr tendiente a la separación de los Estados del sur de la Unión. Jackson colabora con Burr, pero sin comprometerse.

1812-15

Durante la guerra con Inglaterra comanda las tropas del Estado contra los indios Creeks en los territorios de Georgia y de Alabama. En 1814 es nombrado mayor general del ejército federal y, combatiendo contra los ingleses, toma Pensacola.

1815

El 8 de enero, en una batalla memorable por las gravísimas pérdidas infligidas al enemigo, Jackson derrota a los ingleses en Nueva Orleáns; todo el país alborozado.

1818

Campaña contra los indios seminoles y penetración en el territorio español de Florida.

1821

Nombrado gobernador del territorio de Florida, presenta su dimisión luego de pocos meses.

1822

Designado como candidato a la presidencia de la legislatura de Tennessee y elegido para el Senado de los Estados Unidos..

1824-25

Primera campaña para la presidencia. Consigue la votación más alta, pero la Cámara prefiere a John Quincy Adams, que es elegido como sexto presidente de los Estados Unidos.

1825-28

Realiza una campaña electoral destinada a ser recordada en la historia de los Estados Unidos como una de las más desprejuiciadas.

1828

Es elegido presidente de los Estados Unidos.

1831-36

Sostiene una larga batalla diplomática con el gobierno francés por el reembolso de las indemnizaciones originadas en las guerras napoleónicas. Obtiene satisfacción luego de múltiples esfuerzos.

1832

Anuncia el veto a la ley que renueva la concesión al Segundo Banco de los Estados Unidos.
Es reelegido para la presidencia con amplio margen sobre el único candidato rival. Condena la doctrina de la Anulación con la cual Carolina del Sur se rehusaba a reconocer en su territorio la validez de las leyes federales relativas a las tarifas aduaneras.

1837

Luego de grandes hesitaciones reconoce la independencia de Texas.
Al término de su segundo período de presidente se retira a sus posesiones de Hermitage, en Tennessee.

1845

El 8 de junio muere en Hermitage.



1

*1. C. W. Peale, Andrew Jackson.
Yale University Art Galery* (Zennaro).

2. La catedral de Saint-Louis en Nueva Orleáns, vista desde el balcón en hierro forjado de un antiguo palacio del barrio francés.

El presidente de la "frontera"

"¿Quién fue Andrew Jackson y qué hizo para merecer tantos honores en vida y para recibir, a su muerte, el homenaje de todo el pueblo norteamericano reunido en torno a su tumba? Él encarnó al espíritu del país en que vivió y se colocó a la cabeza de aquel gran movimiento que surgiera con vigor en su época . . .".

El epitafio escrito por Washington McCartney a la muerte de Andrew Jackson definía, con sobriedad insólita para el estilo literario de la época, el papel cubierto por Jackson en la historia de su país.

Símbolo de una época, intérprete auténtico de uno de los períodos que más profundamente incidieron en la tradición política y social de los Estados Unidos, Jackson ocupa en la historia norteamericana un lugar parangonable al de figuras como Washington, Lincoln, Roosevelt, aun sin poseer las cualidades políticas y la estatura moral de éstos. Los numerosos historiadores de Jackson nos lo presentan como gran soldado y mediocre político, o como habilísimo político y mal administrador, pero todos parecen concordar al negarle las dotes del gran estadista. La doble presidencia de Jackson, séptima en orden de tiempo, representa más bien una ruptura con aquella clase política de grandes cualidades que había guiado a la joven federación por casi medio siglo desde los años de la revolución y de la Independencia.

Los Jefferson, los Madison, los Adams, representan una tradición política diferente de la que se manifestó con Jackson y luego de él; esencialmente aristocrática la primera, porque aun la democracia jeffersoniana era más democracia de élite que de masas; populista, radical y a menudo abiertamente demagógica la segunda. Pero también la nación había cambiado. La república mercantil y agrícola, que se extendía siguiendo la costa atlántica desde New Hampshire hasta Georgia, se estaba transformando rápidamente en un gran estado continental, mientras que la zona habitada se extendía velozmente hacia el Oeste y las grandes llanuras. La compra de Luisiana, realizada en 1803 por Jefferson mediante una audaz interpretación de sus poderes constitucionales, había duplicado el territorio norteamericano; en menos de seis años se creaban seis nuevos estados: Indiana (1818); Mississipi (1817); Illinois (1818); Alabama (1819); Maine (1820) y Missouri (1821).

Un nuevo elemento aparecía en la historia y en la política norteamericana: la frontera, con sus inmensas posibilidades económicas, sus fermentos y su humanidad caleidoscópica. Era una fuerza formidable y revolucionaria, destinada a crear la América moderna. De aquella fuerza Andrew Jackson será el más grande y el más típico intérprete: hombre de la frontera él mismo, representará a la misma con su carga de confianza en los destinos del joven estado,



2



1

1. *Un caballero de Tennessee en 1825* (Zennaro).

2. *La casa de Jackson en Nashville en 1804* (Zennaro).

3. *Jackson adolescente se rebela a un oficial inglés* (Zennaro).

su inagotable energía y sobre todo con espíritu igualitario y fe en los derechos del pueblo.

Jackson logrará inspirar ilimitada confianza en el hombre de la frontera. Pocos presidentes americanos gozaron de popularidad tan incondicional; la misma aumentó durante los ocho años de su mandato, por lo que, ejemplo rarísimo en la historia norteamericana, Jackson terminó su segunda presidencia con mayor popularidad que en el momento de su primera elección. Fue en virtud de aquella confianza que Jackson, luego de evocarla hábilmente durante sus campañas electorales, logró canalizar la protesta de la gente del Oeste, contra los intereses tradicionales de los grupos económicos del Este, en la legalidad y en las instituciones. Dando a la nueva sociedad de la frontera la seguridad de que sus intereses hallaban atenta consideración y plena tutela al más alto nivel, en la misma proporción que los intereses de cualquier otro grupo social regional, Jackson logró reforzar la red de conexiones de la sociedad y de la nación norteamericana justamente en el período en que la rápida y desordenada expansión y el contraste de intereses nuevos y tradicionales ponía en peligro su solidez. Tal resultado, que podía ser el fruto de la visión y del empeño de un gran estadista, fue conseguido por Jackson desarrollando una natural tarea de mediación entre la sociedad de la frontera de la que él era el símbolo y el héroe, y el poder presidencial que él reforzara y del que ejerció todo el peso. Su fuerte personalidad y una larga serie de experiencias muy diversas lo habilitaron para este rol, que él revistiera de prudencia, dignidad y notable sentido político, y que está ligado a la brillante posición que alcanzara en la historia norteamericana.

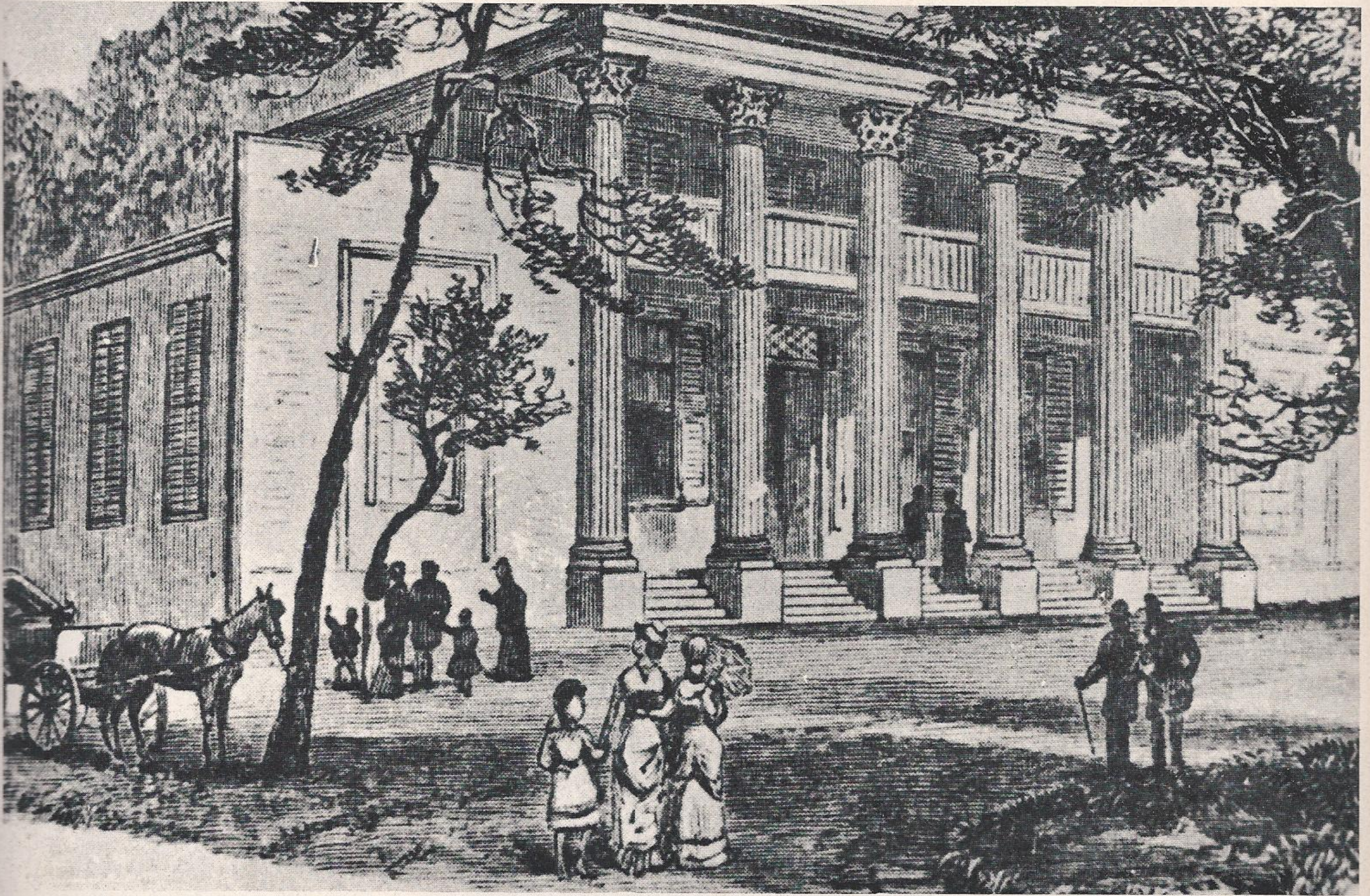
Jackson, hombre de la Frontera

La historia de la vida de Jackson es la historia de la América del Norte de los años de la guerra por la Independencia hasta la época que justamente de él tomaría el nombre. Pocos hombres han vivido en tan estrecha relación con los sucesos de su propio tiempo, aún antes de convertirse en protagonistas, y reflejando tan fielmente las características, los intereses y las contradicciones del ambiente en que se movieron. Nacido el 15 de marzo de 1767 en la pequeña comunidad de Waxhaw, en el condado de Lancaster, situado en el Estado de Carolina del Sur, el joven Andrew llegó a participar en la guerra por la Independencia. Tenía trece años en el momento de su primera acción de guerra contra la guarnición inglesa de Hanging Rock (1º de agosto de 1780) y catorce cuando fue tomado prisionero. Fue en aquella ocasión que, al negarse a lustrar las botas de un oficial inglés, recibió un sablazo en el rostro que le dejó, aparte de una profunda cicatriz para toda la vida, un resentimiento igualmente duradero para con los ingleses y con Inglaterra.

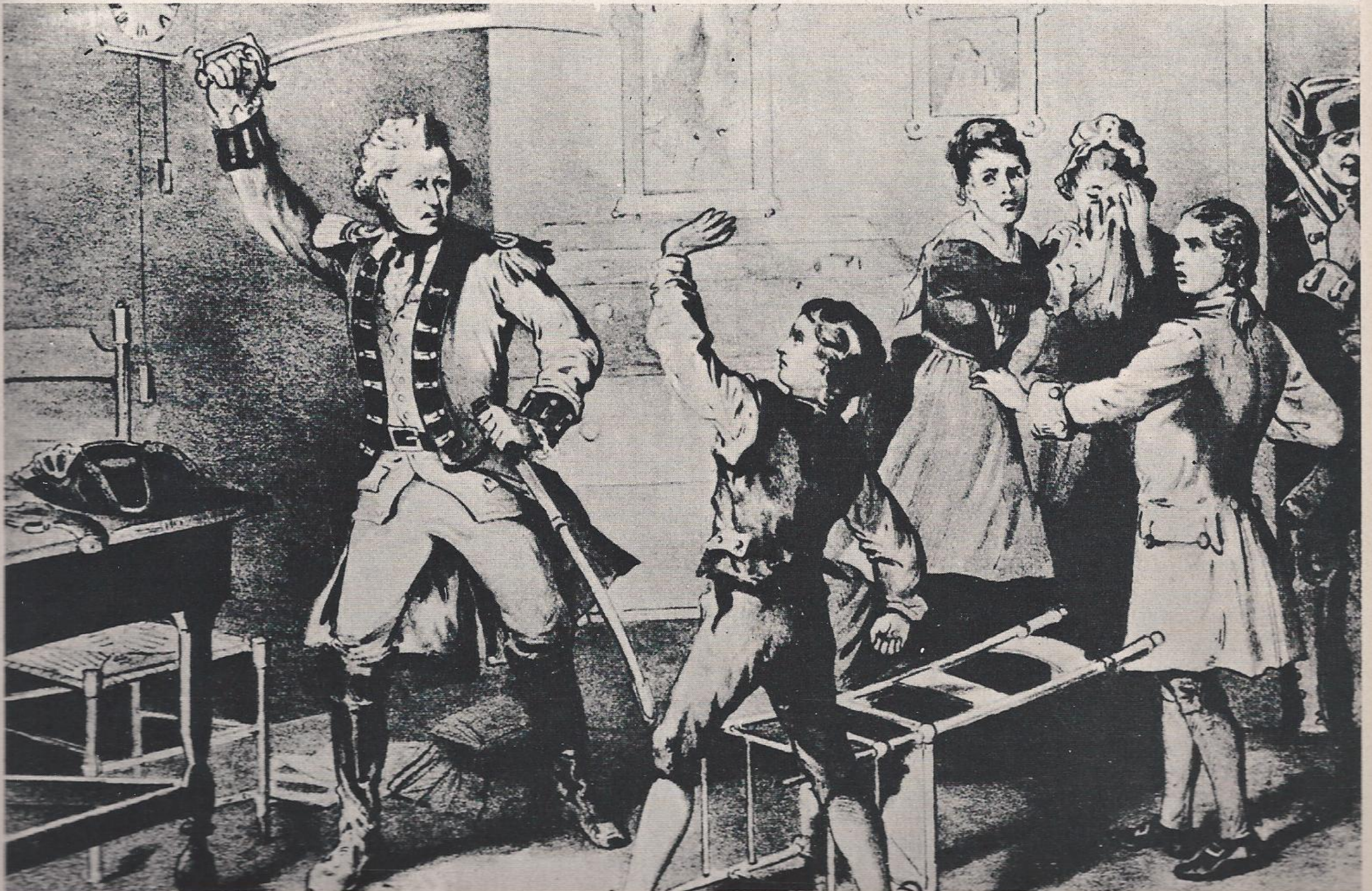
La guerra lo golpeó duramente en los afectos, ya que lo privó de dos hermanos y de la madre, muertos a pocos meses de distancia entre sí por penurias y enfermedades. El padre de Jackson había muerto algún tiempo antes de su nacimiento, dos años después de la llegada de la familia de Carrickfergus, un villorrio de la costa noreste de Irlanda. La familia Jackson pertenecía a aquel tronco escocés-irlandés que representaba uno de los más numerosos y compactos grupos étnicos americanos, y del cual el futuro presidente obtendría una parte importante de sus sufragios.

Con la rendición de Cornwallis en Yorktown se concluía la guerra por la Independencia; por algunos meses, el joven huérfano halló hospitalidad en los hogares de sus numerosos parientes —tíos, tías, primos— que tenía en Waxhaw, gente tranquila y de buen pasar que, mucho más afortunados que el padre de Jackson, habían logrado constituir una sólida fortuna y una buena posición social. Andrew pasó rápidamente de una casa a la otra, sin dejar mayores afectos por su carácter difícil: rebelde, agresivo, airado, fastidioso y con un fuerte orgullo, desde entonces reveló esos rasgos y gustos que caracterizarían toda su juventud hasta el matrimonio, y que mantendría aún después, si bien filtrados por las exigencias de la vida pública. El juego de los dados y de las cartas, las riñas de gallos y sobre todo las carreras de caballos eran los pasatiempos preferidos en la campaña americana de aquellos años. Andrew Jackson se dedicó a los mismos con toda la exuberancia de su carácter, revelando sus dotes que más tarde se traducirán en elementos preciosos para su fortuna política: el placer por el riesgo llevado hasta la temeridad y una innata predisposición para el mando. Ambas eran cualidades sumamente apreciadas por el hombre de la frontera, mezcla de colono y de aventurero, de anarquista y de individualista, pero que al hallarse en peligro estaba dispuesto a reconocer incondicionalmente la autoridad de un jefe que fuera tal por dotes naturales y no por nacimiento o patrimonio. Afirman sus biógrafos que cualquiera fuese el ambiente, la compañía o el grupo que él frecuentara, el joven Jackson se convertía en seguida en el jefe natural, el líder reconocido e indiscutido. Esta predisposición para el mando, junto con sus dotes de presencia (era altísimo y delgado, y siguió siéndolo hasta su vejez) más que las de experiencia y de cultura, constituyeron los fundamentos más sólidos de sus fortunas militares y políticas.

La cultura y la instrucción escolástica estaban algo descuidadas en la América de fin de siglo; a ello también había contribuido la guerra por la Independencia, que causara la detención del desarrollo en todos los aspectos de la vida civil. Sin embargo, la situación era diferente en las ciudades y en los estados septentrionales, donde ha-



2



3



1

1. *Andrew Jackson* (Zennaro).

2. *La bandera norteamericana es izada en Nueva Orleáns en 1803. Louisiana Historical Society* (Zennaro).

3. *Cazadores en el Missouri. Litografía de 1832* (Zennaro).

bía madurado la gran tradición cultural teológica y político-legal de los siglos XVII y XVIII y donde se hallaban los mejores institutos del país, y en los distritos agrícolas del Sur y del Oeste, donde un sistema de escuelas públicas, en los lugares en que existía, funcionaba a duras penas. También era ésta la característica de la sociedad de frontera, donde las necesidades a satisfacer eran elementales y su aprendizaje estaba confiado a la experiencia, y donde se apreciaban las dotes de iniciativa y de actividad más que las de reflexión y de cultura. La actitud del hombre de la frontera en cuanto a la escuela era esencialmente utilitaria; se le requería lo que era práctico y servía a la vida cotidiana, a la vez que no se prestaba ninguna atención a la cultura oficial. La confianza en sí mismo y en las propias capacidades individuales le posibilitaba a quien tuviera un mínimo de iniciativa y de fantasía el pasaje de las actividades manuales a las profesiones liberales con la más absoluta desenvoltura, previa una rápida preparación de estudios y de experiencia. La movilidad social era tal y tan frecuente el cambio de las actividades y de las fortunas de cada uno que jueces y colonos, cazadores y contables, poseían todos el mismo *status* social, y la consideración de que cada uno gozaba en la comunidad dependía de las dotes personales y no de un bagaje de conocimientos teóricos juzgado inútil por la mayoría.

Las experiencias de trabajo de Jackson estuvieron sujetas a las mismas leyes; luego de trabajar durante un tiempo como fabricante de sillas de montar, decidió ser maestro, siempre en su Waxhaw natal y, como su educación era bastante sumaria, se dedicó a absorber en forma diligente, pero desordenada, aquellas nociones que al día siguiente transmitía a sus discípulos; la experiencia concluyó bien pronto, con escasa satisfacción para el maestro y probablemente también para los alumnos. A los diecisiete años el joven Jackson, sin salir de las fronteras del Estado, se trasladó a Salisbury para hacer práctica de leyes en una oficina legal de la pequeña ciudad.

La profesión legal siempre había gozado de gran fortuna en las colonias británicas antes de la Independencia, dado el carácter litigioso de los americanos y las necesidades naturales de una economía mercantil. Conseguida la Independencia la carrera se tornó aún más importante, abriéndole a cualquiera que ejerciera la profesión legal los caminos de la política y de la administración. La elección de Jackson fue, por lo tanto, significativa; si bien no parecía todavía sugerida por ambiciones determinadas, la misma revelaba capacidad de valoración y espíritu positivo, que se confirmarían en muchas otras circunstancias.

Luego de dos años de estudios generosamente alternados con los pasatiempos favoritos y la práctica de una actividad galante dividida igualmente entre los burdeles y



2



3

los salones locales, el joven candidato se presentó para el examen de habilitación al juez Samuel Ashe, quien hallándolo "hombre de moralidad indiscutible y versado en jurisprudencia" lo autorizó a ejercer la profesión. Los comienzos fueron prometedores; al año siguiente de la habilitación fue nombrado ministro público por el distrito occidental de Carolina del Norte. Trasladado a Nashville, capital del distrito, por casi diez años alternó la actividad legal con la compraventa de terrenos, una actividad lucrativa y practicada en gran escala en los territorios de la frontera. En 1796, cuando el distrito occidental de Carolina del Norte se transformó en el estado de Tennessee y entró a formar parte de la Unión, Jackson se había convertido en un gran propietario de tierras. "El secreto de su prosperidad —escribió un contemporáneo— fue adquirir largas extensiones de tierra por poco dinero y mantenerlas hasta que la masiva corriente inmigratoria alcanzara a valorarlas".

Aparte de las tierras, Jackson especuló con fortuna alternada en el comercio de los caballos, los esclavos y el aguardiente, todos bienes típicos de la economía de la frontera. En 1793, a consecuencia del pánico que siguiera al anuncio de la revolución francesa y a la guerra franco-británica, Jackson se halló como muchos otros al borde de la quiebra. Pero la economía se restableció y mientras sus éxitos legales lo tornaban cada vez más famoso sus negocios prosperaban nuevamente, procurándole junto con una amplia solidez económica una importante posición social.

A la misma contribuyó también su matrimonio con la señora Rachel Robards, Donelson, de apellido paterno. Andrew, íntimo de la casa Robards, había sometido a Rachel a una asidua corte que ciertamente debió contribuir a los desacuerdos conyugales de los esposos Robards, que desembocaron en la separación. En 1791, informado de que Robards había obtenido el divorcio mediante un acto del parlamento de Virginia, Andrew se casó con Rachel, con la que había mantenido una amigable relación. En realidad, el acto en cuestión se limitaba a autorizar al tribunal a realizar investigaciones preliminares en mérito a la solicitud de Robards. El verdadero divorcio fue concedido sólo más tarde, luego de dos años de convivencia conyugal. En cuanto tuvo noticia de ello, Jackson deseó celebrar la ceremonia nupcial por segunda vez.

La familia de Rachel, los Donelson, era una de las más conspicuas del estado y algunos desearon ver un frío cálculo en el apuro de Jackson por celebrar las bodas. La hipótesis no parece del todo infundada; en efecto, el matrimonio con Rachel le dio un impulso decisivo a la fortuna social de Jackson que, justamente luego del matrimonio y en virtud de la vasta e influyente parentela adquirida, entró en un período de rápido desarrollo.



1

Sin embargo, es cierto que Andrew estaba profundamente enamorado de su mujer, como lo demuestra la insistencia de sus atenciones cuando ella estaba aún casada con Robards y, luego, una vida conyugal que transcurrió en plena armonía, colmada de recíproco afecto y devoción.

A los 29 años, logrado ya el éxito profesional y económico, calmadas las intemperancias juveniles gracias al matrimonio, favorecido por la creación del nuevo Estado de Tennessee, en el que gozaba de gran notoriedad, Jackson podía aspirar a las satisfacciones de una carrera pública no mediocre; sin embargo, ni la más desenfrenada de las ambiciones le habría permitido pensar en la magistratura suprema de la confederación. Tampoco sus intereses, la posición social alcanzada y su mismo estilo de vida lo habilitaban para aquel rol de conductor de masas y de líder de una gran revolución pacífica al que estaba destinado. En su calidad de ministro público se había ganado la fama de inflexible perseguidor de los insolventes; él, que se convertiría en el campeón de las masas deudoras, se había formado una mentalidad capitalista que sólo una generación más tarde habría condenado en sus adversarios *whig* (pertenecientes al partido centralista). Aquellos con quienes tenía relación más estrecha en Nashville eran acusados de ser "federalistas", mientras él estaba destinado a promover los valores de una democracia que por su radicalismo superaría en mucho a la jeffersoniana.

Su mismo estilo de vida en aquellos últimos diez años había sido el de un señorón de provincia, ocupado en hacer dinero sin fijarse demasiado en los medios y obsesionado por el temor de que su prestigio y su reputación de hombre fuerte y temido se deteriorara. Por defenderla, en 1795 tuvo un primer duelo con el coronel Waitstill Avery a causa de un cambio de palabras que considerara ofensivo; algunos años después, en 1806, en el curso de un segundo encuentro mató a Charles Dickinson, hombre elegante y uno de los mejores tiradores del estado, y él mismo sufrió una herida cuyas consecuencias sufrió por toda la vida; y finalmente en 1818, en una taberna de Nashville, se debía batir a pistola con Thomas Hart Benton, quien luego de una completa reconciliación con Jackson estaba destinado a convertirse en ministro de su primer gabinete.

Nuevas orientaciones políticas en el país

El nuevo siglo traía a los Estados Unidos, junto con una nueva política, una nueva clase dirigente. La concepción aristocrática y centralizadora de los federalistas era substituida por la democrática y autonomista de los republicanos; a los hombres que habían construido el armazón de la federación y habían logrado absorber la pesada herencia que dejara la guerra de Independencia, a los Hamilton, a los Adams, a los Washington, los sucedían los Jefferson, los Madison, los Monroe y 25 años más tarde, Jackson; éstos ampliarán las bases de la sociedad americana, llamarán a nuevas clases al poder, abrirán a la colonización las inmensas extensiones del Oeste y le darán a América su rostro definitivo, el que permanecerá hasta nuestros días.

La elección de Jefferson en 1801, si no signaba aún el comienzo de una revolución que sólo ocurrirá con Jackson, representaba un neto cambio con respecto a la política precedente: mientras el federalismo hamiltoniano representaba a las fuerzas del comercio y de la finanza, la democracia jeffersoniana era fundamentalmente agraria. Los principios fiscales impuestos por Hamilton daban nuevo y preciso relieve a un conflicto que se había manifestado desde el período colonial: el existente entre el comercio y la agricultura. El gobierno que había surgido de la Independencia y la misma constitución norteamericana mostraban la impronta de una clase conservadora de comerciantes, banqueros y especuladores; eran los intereses de éstos los que Hamilton conscientemente interpretaba en su política económica y fiscal dirigida a crear un gobierno fuerte y autoritario en lo interior, con una política exterior dinámica y expansionista. Opuestos eran, en cambio, los intereses de la clase agraria, de media-



2

1. Episodio de la guerra contra los indios Creek en 1814 (Zennaro).

2. Episodio de la batalla de Nueva Orleáns, 1812 (Zennaro).

nos y pequeños propietarios, especialmente los de la meridional. Las grandes plantaciones del Sur eran todavía establecimientos de frontera, donde el colono y su familia, con la asistencia de pocos esclavos, estaban en lucha continua con la naturaleza y con los indios; ello contribuía a su espíritu de independencia, pero su fundamental antiestatalismo tenía una motivación esencialmente económica. La plantación operaba predominantemente en base a los monocultivos: tabaco, algodón y arroz eran los productos principales. Los mismos eran enviados por agua, fácilmente y con pocos gastos merced a la riquísima red fluvial, a los puertos de la costa de donde se los exportaba a Europa, mientras que por la misma vía se importaban los productos manufacturados. Era una economía simple, que no requería pesadas y costosas infraestructuras gubernativas. Los colonos tenían problemas individuales que resolver, o a lo sumo locales; un gobierno central con una pesada armazón burocrática era un lujo que ellos se negaban a pagar. Más simple era la organización administrativa, más ligera era la imposición fiscal. Fue éste el contraste de intereses subyacente en el cambio de guardia que en 1801 trajo Jefferson, campeón de los intereses agrarios, al poder.

El país invocaba un cambio de directivas, luego de la costosa política de los federalistas que había exigido el sacrificio de muchos para beneficio de pocos. Las discordias no se limitaban a la política interna, ya que durante una década las divisiones entre federalistas y republicanos se profundizaron en buena medida por el problema de las relaciones con Francia y su gobierno revolucionario. Los agricultores jeffersonianos de la campaña y el pueblo pequeño de las ciudades veían en la revolución francesa a la lucha por la libertad y los derechos del hombre, los mismos valores por los cuales se había realizado la guerra por la Independencia norteamericana; así que, los esfuerzos por aplastar a la revolución francesa recordaban a los realizados por los ingleses contra la libertad americana. Para los comerciantes conservadores del partido federalista, la revolución francesa significaba en cambio la destrucción de la legalidad y del orden y la amenaza al derecho de propiedad. Ellos temían que el entusiasmo francés por los principios de igualdad y de fraternidad atravesara el Atlántico y se difundiera por América.

Por varios años la escena política americana permaneció dividida en un "partido francés" y en un "partido inglés". Bajo el impulso de los numerosos agentes que la república francesa había enviado al nuevo mundo, nacieron por doquier numerosos clubes jacobinos, mediante los cuales se desarrollaba la propaganda revolucionaria y se atacaban a los miembros antifranceses del gobierno. La tensión provocada en el campo federalista por los continuos ataques

de los elementos republicanos fue tal que dio origen a graves medidas de represión, destinadas a resultar contraproducentes. El congreso publicó una ley sobre los extranjeros y los actos de sedición contra el gobierno, los denominados *Naturalization, Alien and Sedition Acts*, con el fin de limitar la libertad de prensa y de discusión mientras que algunos jueces partidarios enviaron a la cárcel a exponentes políticos y periodistas republicanos, a menudo por críticas de escaso relieve. Pero la reacción a las tentativas antiliberales no se hizo esperar: bajo la influencia de Jefferson y Madison, las cámaras de Virginia y de Kentucky aprobaron una resolución que declaraba la nulidad de los *Alien and Sedition Acts*, dando origen al primer movimiento organizado para la afirmación de los derechos de los estados en el ámbito de la constitución. Todo esto, junto con la disidencia que estallara en tanto en el campo de los federalistas entre Hamilton y el presidente Adams, antidemocrático pero liberal, favoreció notablemente la elección de Jefferson para la presidencia.

El ascenso de Jackson

Jackson inició su carrera política justamente en los años en que la lucha entre federalistas y republicanos entraba en su fase decisiva; pero en esta lucha, ya sea por su escasa experiencia política o porque sus ideas o su posición no se habían precisado aún, él sólo participó en forma marginal. Elegido en 1796 por el Comité encargado de preparar la constitución de Tennessee, que superado el límite mínimo de 60.000 habitantes podía aspirar a convertirse en estado, demostró preferir soluciones intermedias, alternando actitudes de tipo liberal con otras conservadoras. Más clara pareció su posición en la Cámara de los representantes a la que fue elegido en diciembre de 1796 para ocupar la única banca de que disponía su estado. Aquí demostró abierta hostilidad para con el presidente Washington, que en el término de su segunda presidencia se disponía a abandonar el cargo. Inmediatamente después del discurso de despedida, pronunciado por Washington, la Cámara formulaba un tributo de agradecimiento, al cual Jackson daba ostentosamente un voto contrario. Los motivos de aquel gesto que muchos años después, durante la primera campaña electoral, le será reprochado como una ofensa inexcusable contra el padre de la patria, eran de carácter nacionalista y regionalista. Jackson desaprobaba la política exterior conciliadora de Washington para con Inglaterra, cuya manifestación más sonada había sido el tratado de Jay (que tomaba su nombre del ministro norteamericano que lo había negociado) en 1794.

Con ese tratado los Estados Unidos habían obtenido la evacuación de las bases comerciales que los ingleses aún poseían en el Noroeste y que en definitiva formaban parte del territorio de la joven república, y en cambio habían debido proporcionar toda una serie de humillantes concesiones en el campo comercial, naval y marítimo; la derrota diplomática sufrida, que fue el producto de la ingenuidad y de la actitud excesivamente obsequiosa del negociador norteamericano para con Inglaterra, suscitó amplias protestas en América, alimentando una manifestación de encendido espíritu nacionalista. De este tipo de patriotismo intransigente se hacía intérprete Jackson, quien consideraba al tratado de Jay como una mancha para el honor de la república. Pero el diputado de Tennessee tenía otra razón, más significativa, para discutir con Washington, culpable a sus ojos por mantener los compromisos asumidos por tratado con las tribus indias del Oeste para la delimitación de las reservas y de los territorios abiertos a la radicación. Tales tratados limitaban las reivindicaciones de los colonos que mostraban una avidez inagotable de tierras y la expansión territorial y económica de los estados del Sudoeste. Para un hombre de la frontera como Jackson, no podía existir culpa mayor; alineándose contra Washington en favor de los colonos del Oeste, él anticipaba una de las directrices constantes de su política.

Durante el año que pasara en Filadelfia, entonces capital de la Unión, como miembro de la Cámara de representantes, Jackson no tuvo muchas ocasiones de sobresalir, pero realizó, sin embargo, una importante operación en favor de su propio estado: obtuvo del gobierno federal el reembolso de 20.000 dólares gastados por Tennessee en una expedición punitiva contra los indios cherokees. Era lo que necesitaba para asegurarse nueva estima y nueva popularidad, y por lo tanto el año siguiente fue elegido para el Senado. Pero tampoco en el rol más importante de senador Jackson demostró ninguna de aquellas características de habilidad política, de ambición y de iniciativa que debían llevarlo a la Casa Blanca. Además, en aquel período su mente estaba ocupada por graves preocupaciones económicas, consecuencias de una enésima especulación relativa a una venta de terrenos que fracasara por la bancarrota del adquirente: Jackson había recibido letras como pago, y al descontarlas en una nueva inversión, de pronto se vio obligado a hacer frente a un grave compromiso financiero. Fue también por este motivo y para seguir de cerca sus propios intereses que pidió primero una licencia y luego renunció formalmente al cargo senatorial.

Inmediatamente después de su regreso a Nashville concursó y obtuvo fácilmente el nombramiento de juez de la Corte Suprema del Estado, un cargo que proporcionaba un estipendio de 600 dólares anuales, el más alto entre los cargos públicos luego del de gobernador, y que le permitía recorrer el estado en su totalidad logrando ese tipo de contactos indispensables para quien posee ambiciones políticas.

Jackson fue juez de la Corte Suprema por seis años, desde 1798 a 1804, pero en 1802 conquistó, con poco esfuerzo y gracias a la protección de amigos, un nuevo cargo: el de mayor general de la milicia estatal, que según la ley de Tennessee era electivo y para el que concursó en competencia con John Sevier, ex gobernador del estado. Los votos de los electores, todos oficiales de la pequeña milicia estatal, se dividieron en partes iguales entre los dos candidatos, pero la elección del gobernador Archibald Roane, a quien en estos casos correspondía la decisión, recayó en Jackson. Así el maestro sin título, el abogado improvisado, el especulador y el político afortunado, pero aparentemente sin auténtica vocación, agregaba a sus múltiples experiencias una nueva, la de jefe militar. La designación resultaba sorprendente porque Jackson nunca había tenido experiencia militar mientras que Sevier había comandado fuerzas en la guerra de la Independencia, pero el cargo era más político que militar y las amistades conquistadas durante su actividad pública y cuidadosamente cultivadas le proporcionaron a Jackson un nuevo triunfo.

En el rol de jefe militar Jackson dará toda la medida de su personalidad y de sus excepcionales dotes de líder, adquiriendo aquella estatura nacional que la mediocre actividad política desarrollada hasta entonces le había negado y que debía abrirle el camino más seguro a la presidencia.

Jackson, héroe de la guerra contra los ingleses

Pero justamente en sus comienzos la carrera militar de Jackson estuvo a punto de deteriorarse en un oscuro episodio que de haberse desarrollado en todas us posibilidades habría detenido para siempre el lento pero constante ascenso político del emprendedor abogado de Tennessee. El episodio, que aún hoy sigue siendo oscuro en muchos aspectos, fue la denominada conjuración de Burr.

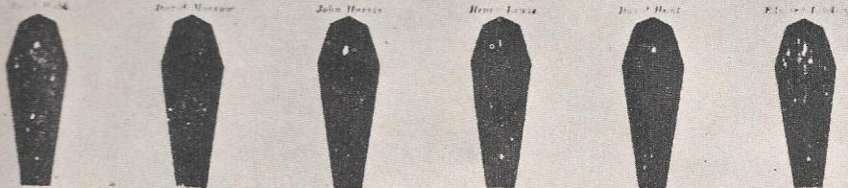
Aaron Burr, vicepresidente de los Estados Unidos en la primera administración de Jefferson, hombre brillante y muy ambicioso, ya había revelado su verdadera naturaleza, que era la de un conspirador y aventurero más que de hombre político. Caído en desgracia poco después de su elección a la vicepresidencia ante el mismo Jefferson como también ante su propio partido, se halló implicado en una primera tentativa de conspiración tendiente a separar de la Unión a los estados septentrionales de Nueva Inglaterra, aún profundamente federalistas, que asistían con desembozada preocupación a la expansión del republicanismo jeffersoniano. Dicen Morrison y Commager en su historia de América que "para el clero y para los dirigentes del partido federalista de Nueva Inglaterra la victoria de Jefferson representaba el triunfo de la democracia, que para ellos se identificaba con el terror, con el ateísmo y con el amor libre. La democracia revestía para ellos el mismo significado que tiene hoy el comu-

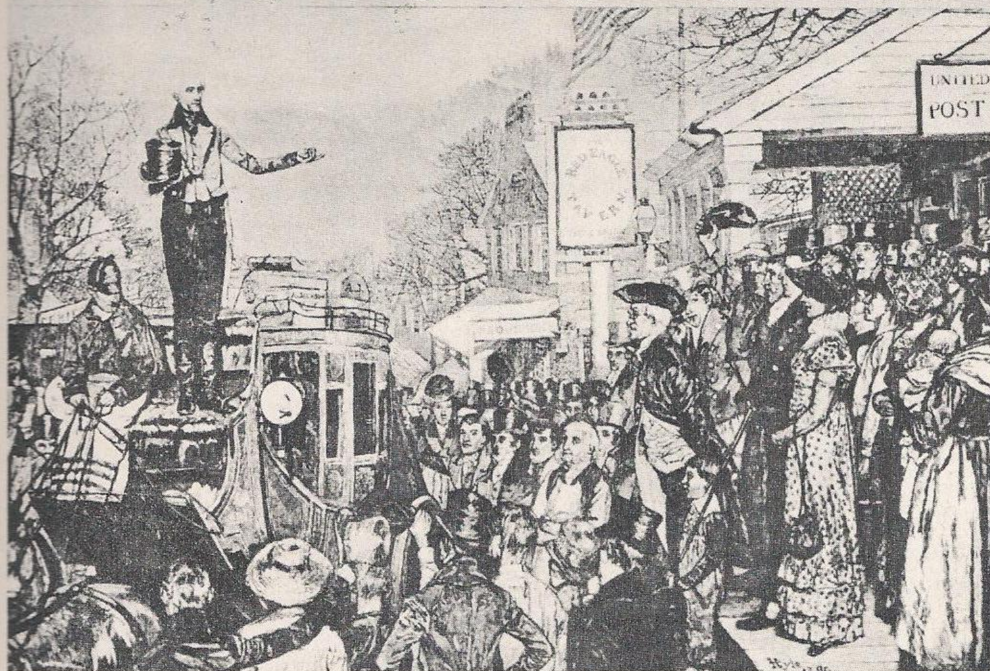
nismo para muchos americanos bien intencionados".
Por algún tiempo los federalistas pensaron seriamente en la secesión, y creyeron haber encontrado en Burr, desilusionado pero siempre dispuesto a cualquier empresa que le proporcionara el poder que el difícil e ingrato cargo de vicepresidente le negaba, un probable jefe. La conjuración pareció tomar forma, pero la consolidación del poder de Jefferson que se hizo evidente luego de las elecciones de 1804 y los consejos de moderación de Hamilton, que despreciaba a Burr, llevaron al gradual debilitamiento de la tentativa, que sin embargo tuvo un dramático apéndice en un duelo entre Burr y Hamilton, que concluyera con la muerte de este último. Fracasada la secesión de los estados del Norte, Burr se dirigió entonces hacia los estados del Sudoeste, cuyos habitantes miraban con creciente interés las posesiones españolas de Florida, de Texas y aun México.
Antes de dejar Washington al término de su mandato, el vicepresidente Burr propuso al ministro británico la separación de los estados occidentales, solicitando una financiación de medio millón de dólares. En espera de una respuesta, Burr emprendió una larga gira por el Sudoeste para explorar el terreno y arrojar la semilla de la conspiración. En todas partes fue recibido con simpatía e interés. Entre las personas a las que Burr se acercó estaba Jackson, quien conquistado por los planes de Burr aseguró solidaridad y ayuda concreta. Lo que Burr le pidiera a Jackson nunca pudo saberse y probablemente nunca se sabrá; es probable que en consideración de su control sobre las milicias del estado, Burr deseara asociarlo a sus planes de conquista de los territorios españoles; lo cierto es que los contactos se repitieron y que Jackson fue subvencionado para alistar algunas barcazas para el transporte fluvial de un pequeño núcleo de fuerzas.
Es imposible que Jackson ignorara completamente la naturaleza de los manejos de Burr, como es igualmente imposible que tuviera plena conciencia de los mismos; tal vez creyó lo que deseaba creer, y no hay dudas de que la perspectiva de expulsar a los españoles de Florida podía encender su nacionalismo. Afortunadamente para él la tentativa de Burr no superó los preliminares. Cada vez con más insistencia comenzaron a circular también por los estados del Oeste rumores sobre las intenciones reales de Burr hasta que, en diciembre de 1806, cuando el aventurero se disponía a zarpar con destino desconocido junto a un grupo de hombres en las naves que Jackson había proporcionado, fue alcanzado por un mandato de arresto del presidente Jefferson.
En el proceso que siguió, el acusador no pudo probar sus imputaciones. Jackson, llamado a testimoniar, defendió abiertamente a Burr en la sala del tribunal ante un público simpatizante. Burr fue absuelto



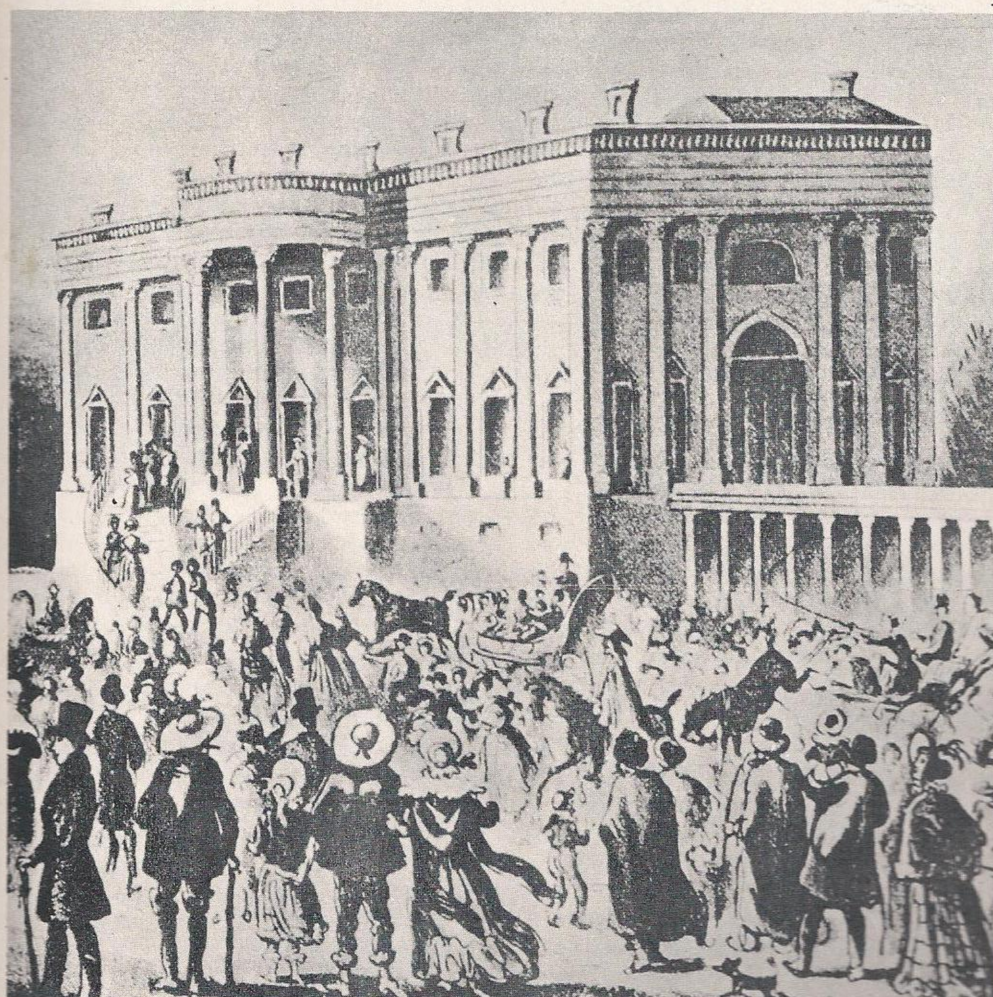
1

1. *J. Neagle, Henry Clay. National Galery of Art, Mellon Collection* (Zennaro).





1


2

por falta de pruebas, y el proceso al pretendido intento de conspiración se detuvo allí con un grave jaque para Jefferson y sin complicaciones para ningún posible cómplice. El presidente del tribunal era John Marshall, primer juez de la Corte Suprema por más de treinta años (1801-1835), esforzado defensor de la independencia del poder judicial y supremo árbitro de los conflictos constitucionales.

La guerra contra Inglaterra, que los norteamericanos sostuvieron de 1812 a 1815, fue ciertamente una de las menos concluyentes que se hayan realizado nunca. Por tres años los dos ejércitos se enfrentaron con suerte alterna, en los inmensos bosques en torno a los grandes lagos, mientras que en el mar las flotas opuestas se diezmaban en una guerra de desarrollo lamentable para los tráficos comerciales. Hacia fines de 1815, cuando se iniciaron en Europa los largos negociados que llevarían a la paz de Gante, la suerte de la guerra era aún incierta: los americanos habían obtenido algunas brillantes afirmaciones navales, pero habían sufrido numerosas desilusiones en los frentes terrestres. De pronto, para disipar la atmósfera de oscuro pesimismo que gravaba sobre la moral del país, llegó la noticia de la resplandeciente victoria del general Jackson en Nueva Orleáns. Ello ocurría el 8 de enero de 1815, algún tiempo después de la firma del tratado de Gante, pero algunos días antes de que la noticia llegara a América.

El encuentro con Inglaterra se había estado preparando por muchos años y tenía sus raíces en las guerras napoleónicas, que del escenario europeo se habían trasladado gradualmente al nuevo mundo. El comercio americano sufrió gravemente aquellas guerras, dados los bloqueos y contrabloqueos a los que Francia e Inglaterra se sometían recíprocamente. Los ingleses trataban de sofocar el rico y tradicional comercio americano con las posesiones francesas de las Indias Occidentales y de impedir, con un gigantesco bloqueo que iba desde Brest hasta la desembocadura del Elba, todo tráfico entre los puertos americanos y los de Europa continental. Los franceses, a su vez, secuestraban toda nave americana que se sometiera a los controles que los ingleses ejercían en gran escala sobre el canal neutral o que traficara con los puertos de Inglaterra. Uno de los controles más humillantes era el realizado en base al denominado *impressment right*, es decir, al derecho reivindicado por la marina inglesa de detener las naves americanas y de inspeccionar a la tripulación para descubrir a los numerosos desertores de la flota de su majestad, en la que las condiciones de vida eran durísimas, y el reclutamiento se hacía casi exclusivamente por la fuerza. Los equívocos y las disputas que se originaban eran numerosas: los oficiales británicos no se preocupaban por los detalles, y aún para completar los vacíos de sus tripulaciones arrestaban indiscrimi-

nadamente a desertores ingleses y marineros americanos, arrastrándolos por la fuerza a sus propias naves. Los casos de ciudadanos americanos sometidos al *impressment* sumaban centenares y tal vez millares en la víspera de la guerra.

El otro motivo de contraste concernía a las fronteras occidentales sobre las que aumentaban las presiones de los colonos deseosos de retomar la marcha hacia el oeste. El obstáculo estaba representado por una cadena de presidios militares ingleses y por las tribus indias de las que los ingleses se servían para poner barreras al expansionismo de los colonos en las zonas que reservaban al control y a la influencia de la corona británica. Algunas veces eran los indios, instigados por los ingleses, los que organizaban repentinas batidas para contener los avances de los blancos, pero con más frecuencia eran éstos los que agredían a las tribus, que se creían relativamente seguras en virtud de los tratados estipulados con el gobierno federal y que les garantizaba los derechos de caza y las actividades agrícolas sobre vastos territorios. Pero la validez de aquellos tratados no duraba mucho, o eran violados por las agresiones de los colonos o, en parte mediante persuasión y en parte con amenazas, eran sustituidos por nuevas estipulaciones que trasladaban cada vez más al oeste los límites de las fronteras y obligaban a las tribus a penosos traslados. La frontera se estabilizaba entonces por algún tiempo, hasta que absorbida la precedente oleada de colonización, se renovaba la presión sobre las reservas indígenas.

La insaciable avidez de tierras demostrada por los colonos puede parecer inexplicable, especialmente si se piensa en los vastísimos territorios anexados con la adquisición de Luisiana, a la que en 1810 se agregó una vasta zona de Florida Occidental, fruto de la gradual e indetenible resquebrajadura de las posesiones españolas. En realidad, el continuo traslado hacia el oeste de la frontera tenía su explicación en el tipo de agricultura que se hallaba en la base de la economía de la frontera. La primera línea de los colonizadores estaba formada por cazadores y por pioneros-agricultores que ocupaban las tierras y las cultivaban superficialmente sin quedarse en las mismas por mucho tiempo; después de algunas cosechas se retiraban revendiéndolas a agricultores-colonos que si bien se establecían en forma más duradera y hacían cultivos más intensivos, a su vez cedían las tierras a los llegados con una tercera oleada migratoria, que en general se fijaban a la tierra en forma estable.

La economía de la frontera, entonces, estaba en rápido y continuo movimiento y alimentaba continuamente la avidez de tierras; los traspasos de propiedad eran frecuentes y se prestaban a la especulación; ya en 1812 los estados del oeste se sentían "hacinados" y anhelaban extenderse hacia las grandes llanuras y al sur hacia las costa de Florida. No hay dudas de que de los dos motivos que precipitaron la guerra de 1812, el de las crecientes dificultades comerciales impuestas por la política de la marina inglesa y el otro, representado por la aspiración a ensanchar la frontera, fue el segundo el que predominó, y también éste era el signo elocuente de la forma en que el país estaba cambiando, de la evolución de su economía y, también, del surgimiento de nuevas relaciones de fuerza entre las diversas zonas geográficas y las clases.

El partido federalista estaba desapareciendo de la escena, y las elecciones de 1810-1811 para la renovación del congreso llevaron al poder a una nueva clase política que venía de los estados de frontera y representaba los intereses y la mentalidad de los *settlers* (colonos); la misma comprendía a hombres como Henry Clay, John Sevier, John C. Calhoun; todos "halcones de guerra", como fueron definidos por su ardiente nacionalismo.

Jackson pensaba como ellos; también él era un "halcón" y en su calidad de comandante de las milicias de Tennessee se halló movilizado en las fronteras de Alabama. Durante dos años dirigió una serie de expediciones punitivas contra las tribus de los indios Creeks, incendiando o destruyendo los villorrios de éstos. Pero no fue sólo contra los indios que el general Jackson dio prueba de su dureza; también sus hombres tuvieron oportunidad de experimentarla más de una vez, y algunos de ellos que intentaron el motín fueron capturados, procesados y pasados por las armas. Luego, el comportamiento de Jackson durante toda la campaña será duramente atacado por un periódico que lo acusará de ser "un tirano, un carnicero, un cobarde y un asesino".

La campaña contra los indios Creeks se cerraba en el verano de 1814 con un tratado de paz que expulsaba a los indígenas de vastas zonas en las fronteras de Georgia, Tennessee y Florida, abriendo decenas de millares de kilómetros cuadrados a la colonización. Era un gran éxito, que hizo de *Old Hickory*, el apelativo que se había ganado durante la campaña y que lo acompañará por toda la vida, un héroe para los estados del sur y del oeste.

Old Hickory alcanzó su fama nacional con la defensa de Nueva Orleáns, que signó una clamorosa derrota para los ingleses, luego de tres años de reveses americanos. En la primavera de 1814 las "chaquetas rojas" habían logrado ocupar Washington y dar fuego a la casa presidencial. Para tornar aún más precaria la situación, se perfilaba el desembarco en las costas meridionales de un nuevo cuerpo expedicionario inglés al que se le había confiado la misión de dar el golpe de gracia que habría puesto de rodillas a la república. Jackson fue enviado a recibirlo y el 8 de enero de 1815, frente a Nueva Orleáns colmada de refuerzos, los ingleses recién desembarcados se



3

HOUSE FRANKLIN HOTEL WASHINGTON CITY

18 Febr 1825

$ 94.75

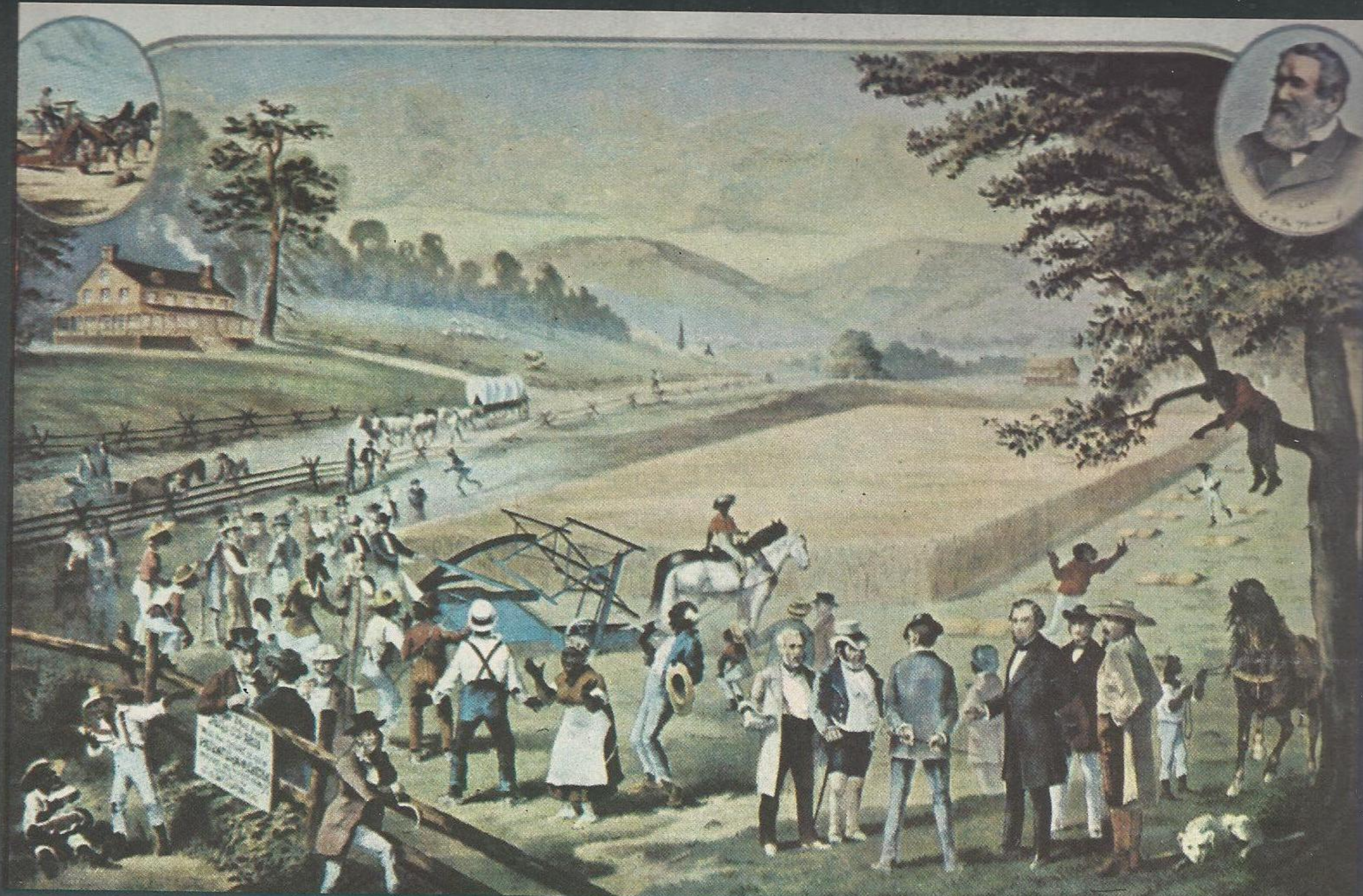
4

1. *Propaganda contra Jackson en las elecciones de 1828* (Zennaro).

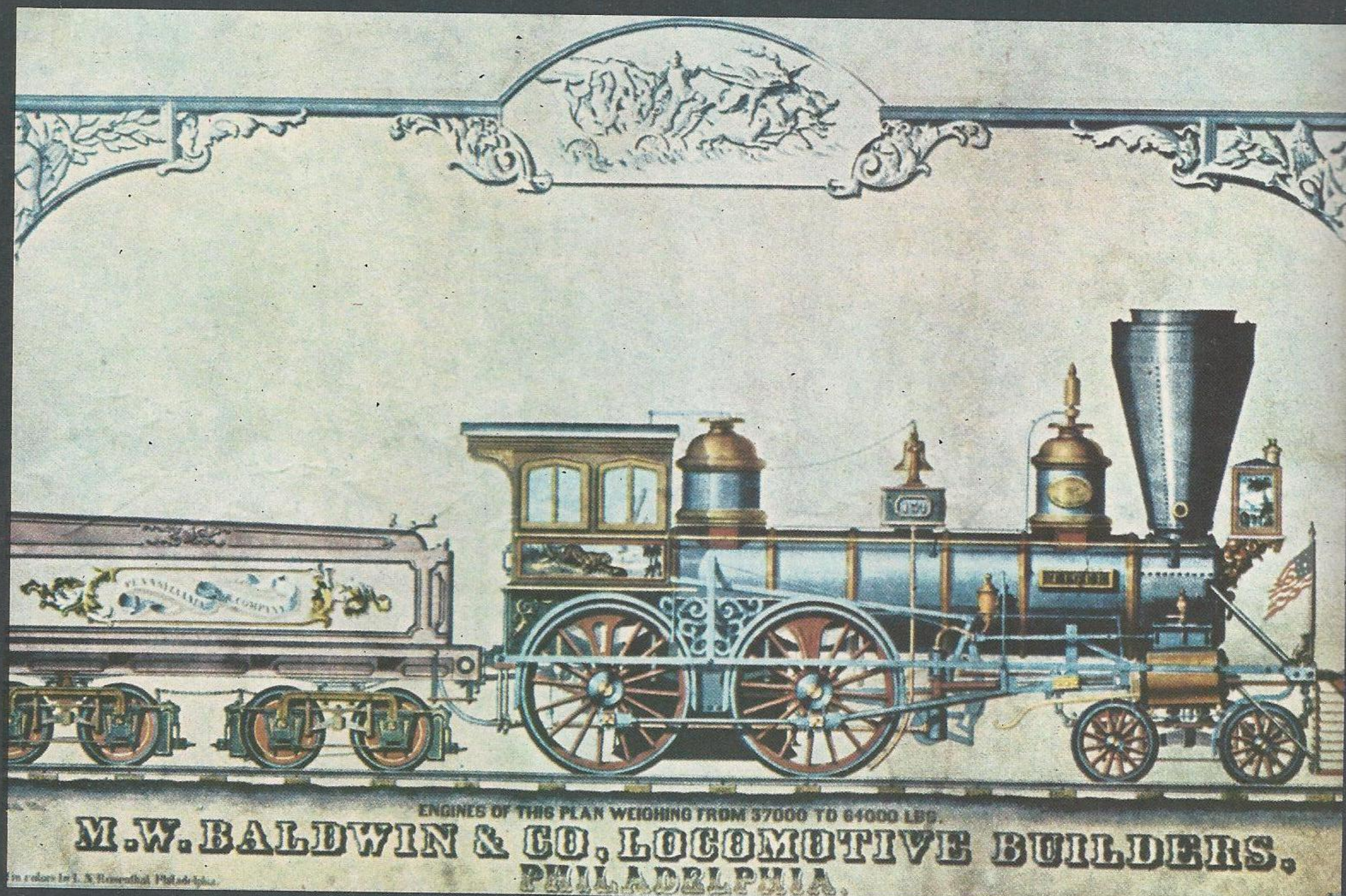
2. *Jackson en la Casa Blanca luego de la victoria de 1829* (Zennaro).

3. *Una caricatura de Jackson de 1831* (Zennaro).

4. *Una nota de gastos por una comida electoral* (Zennaro).



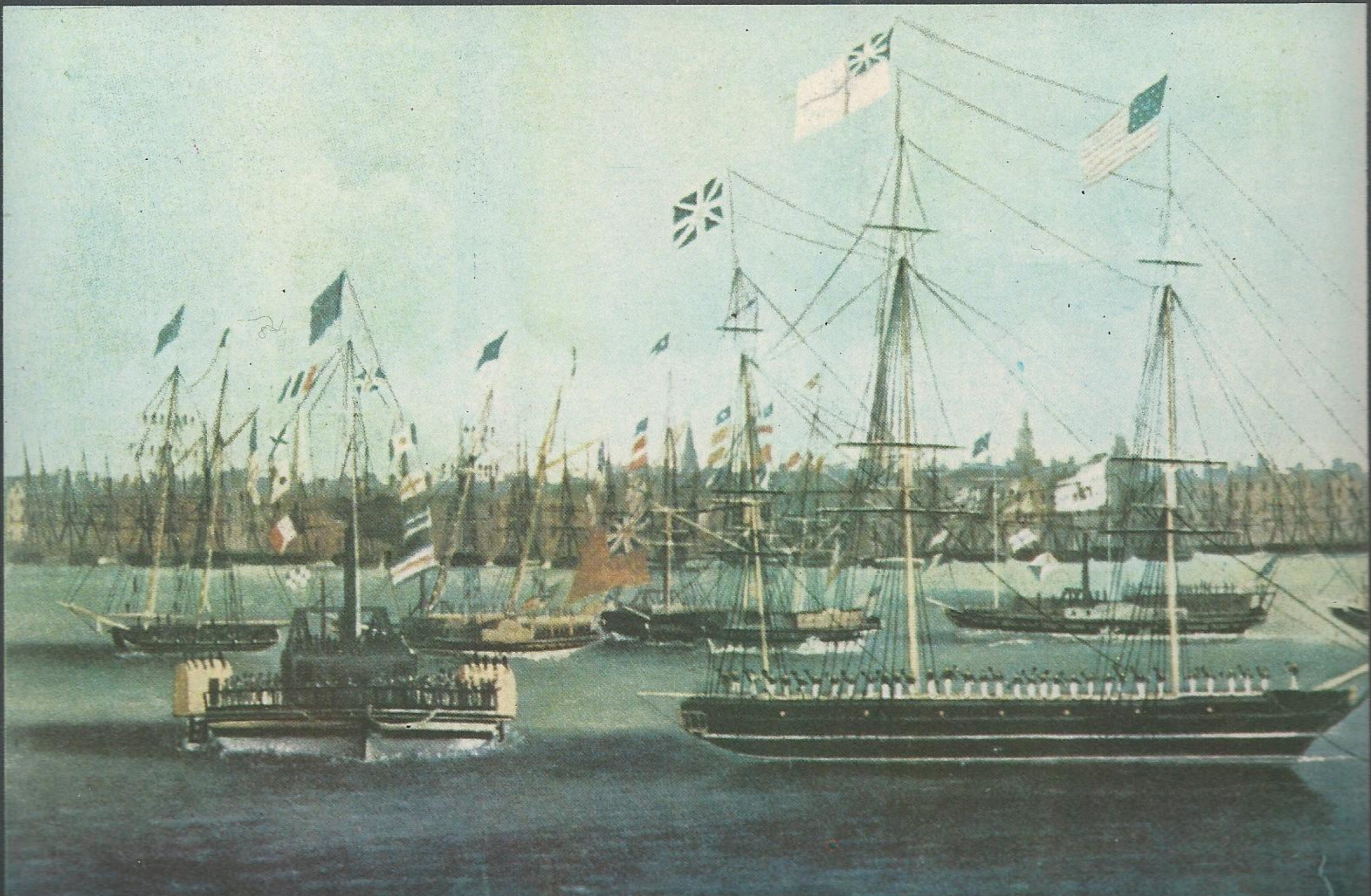
1


ENGINES OF THIS PLAN WEIGHING FROM 37000 TO 64000 LBS.
M.W. BALDWIN & CO, LOCOMOTIVE BUILDERS,
PHILADELPHIA.

2



3



4



1



2



3

1. *La Casa Blanca en los tiempos de Jackson* (Zennaro).

2. *Earl,* Andrew Jackson, *1833* (Zennaro).

3. *Una caricatura de Jackson de 1832* (Zennaro).

4, 5. *Otras caricaturas del presidente Jackson* (Zennaro).
MacCormick. *Litografía* (Zennaro).

En las páginas precedentes:

1. *La primera segadora mecánica de*

2. *Una de las primeras locomotoras americanas* (Zennaro).

3. *W. J. Bennett,* El puerto de Nueva Orleáns en 1825 (Zennaro).

4. *De Witt Clinton,* El puerto de Nueva York en 1825 (Zennaro).

encontraron bajo el fuego de las artillerías y de los tiradores elegidos por Jackson. La potencia del fuego y la precisión de los golpes fue tal que provocaron una horrible matanza entre los atacantes. Un observador escribió "que vastas áreas estaban cubiertas por muertos y heridos a montones y el terreno estaba rojo de sangre".
La estadística de las pérdidas confirmaría la descripción y revelaría la extensión de la victoria de Jackson: los ingleses debieron lamentar la muerte de dos mil cincuenta y siete hombres, mientras que los muertos de la parte americana eran sólo trece. Nueva Orleáns, que también había experimentado la dureza de la administración militar de Jackson cuando éste proclamó el estado de sitio, festejó su triunfo y lo coronó de laureles en la catedral.
La noticia de la victoria que se difundió como un relámpago por todo el país, envilecido por el peso de los fracasos, suscitó explosiones de entusiasmo casi histérico. En casi todas las ciudades se improvisaron manifestaciones; en Washington la multitud fue de casa en casa a aplaudir a los senadores y a los miembros del gobierno, partidarios de la guerra. La prensa celebró el suceso con una orgía de títulos que festejaban la victoria. Dos versos de Enrique IV de Shakespeare aparecieron en la primera página de todos los periódicos del país:

Colocad nuestros flameantes colores en las paredes.
Orleáns fue rescatada de los lobos ingleses.

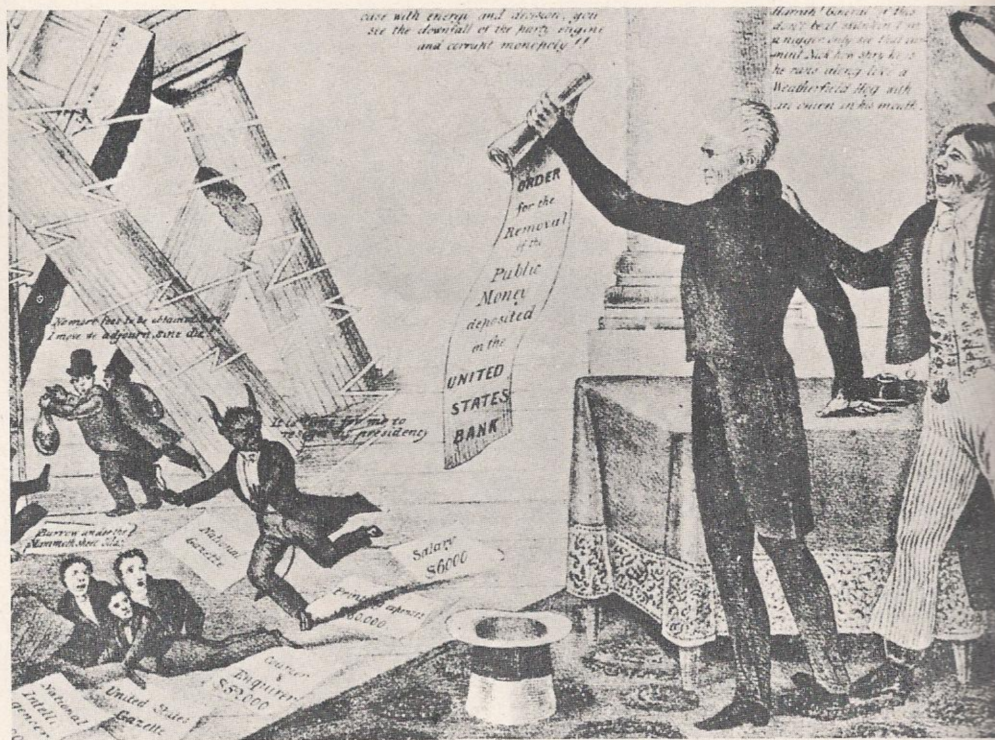
A Jackson se le tributaron honores excepcionales: el Congreso votó un agradecimiento especial y una medalla de oro expresamente acuñada. El ministro de guerra James Monroe le escribió enviándole las calurosas congratulaciones del presidente: "La historia no ofrece ningún otro ejemplo de una victoria conseguida con tan poco derramamiento de la sangre victoriosa." Casi todos los parlamentos de los estados votaron mociones plenas de retórica nacionalista. La moción del estado de Nueva York, escrita por Martin Van Buren, definía la victoria de Nueva Orleáns como "un suceso superior a cualquier otro en los anales de la humanidad".
Jackson ya se había convertido en el héroe de todo el país, un héroe de tales dimensiones que aun en vida pasó a la leyenda.

Hacia la presidencia
De la victoria de Nueva Orleáns debieron pasar trece años antes de la elección a la presidencia, pero ya el camino estaba abierto y Jackson, que se había impuesto con fuerza a la atención del país, se había convertido en figura nacional. Hasta 1824, año en que participó en la primera campaña electoral, una serie de misiones y de nombramientos civiles y militares contribuyeron a aumentar su popularidad y a que se lo considerara entre aquellos que podían aspirar al más alto cargo de la república. Hacia el fin de la guerra el ejército fede-

ral fue organizado en dos comandos generales y Jackson recibió el de todas las fuerzas meridionales; fue así como en 1813 realizó otra empresa victoriosa contra los indios Seminoles que habían masacrado a un grupo de militares con sus esposas e hijos. El presidente Monroe le confió a Jackson la misión de "reivindicar la afrenta hecha al honor nacional", y *Old Hickory*, puesto nuevamente en pie de guerra, tronchó con pocas acciones las débiles tentativas de defensas de los indios, quemó sus villorrios y, superando el mandato que se le había conferido, los persiguió hasta Florida, aún territorio español, ocupando la ciudad de Pensacola.

La excesiva energía manifestada una vez más en el ejercicio del comando suscitó, como en el pasado, críticas y propuestas de censura; esta vez los que experimentaron los métodos expeditivos del general fueron dos súbditos ingleses: Alexander Arbuthnot y Robert Ambrister, dos extrañas figuras entre los misioneros y los aventureros que convertidos en amigos de los indios se habían dedicado a organizarlos y a reforzar la voluntad de resistencia de los mismos. Una vez capturados, Jackson los sentenció a muerte sin proceso. Su ocupación de los territorios españoles de Florida, ocurrida en un momento delicado, cuando estaban en curso los negociados con el gobierno español para la adquisición, suscitó otras protestas. Pero la rápida conclusión de las negociaciones y la protección de John Quincy Adams, entonces secretario de Estado en la presidencia de Monroe, resolvieron los problemas de Jackson. Por otra parte, la hostilidad que algunos miembros del gobierno manifestaron con respecto a Jackson, entre ellos John Calhoun, su futuro vicepresidente y entonces secretario de guerra, estaba largamente compensada por su creciente popularidad y por el amplio consenso que sus empresas habían hallado en el país y sobre todo en los estados del oeste, para los cuales Florida era una conquista territorial anhelada desde hacía años. Atacar a Jackson y desaprobarlo, como parecieron ser en un primer momento las intenciones de Monroe, se había convertido en un paso riesgoso aun para el mismo presidente, y fue así como respondiendo con diplomacia a las protestas del representante en Washington se le negó al gobierno español una reparación formal. La firme posición norteamericana contribuyó a apurar los negociados en curso y el 22 de febrero de 1819 se firmaba el tratado que preveía la cesión de Florida a los Estados Unidos a cambio de cinco millones de dólares.

La posición de Jackson se reforzó sustancialmente con este asunto; pareció confirmarlo su nombramiento como gobernador militar del nuevo estado con la tarea de cuidar el traspaso de poderes y de preparar el terreno para la administración civil. Su permanencia en Florida duró sólo unos meses; obligado a enfrentar los pequeños detalles relativos a la organización admi-



4



5

nistrativa del nuevo estado poblado casi exclusivamente por tribus indias, el pésimo carácter del residente español y un clima que no se demostró particularmente adecuado a la esposa, Jackson abandonó sus propias funciones en manos de algunos funcionarios de su séquito y vuelto a Hermitage, la suntuosa residencia que se había hecho construir en los alrededores de Nashville, presentó su dimisión. A esta actitud debió contribuir la convicción de que la tarea que se le había asignado, en conjunto, era inadecuada a la posición ya conquistada y, más aún, que se lo deseaba aislar para oscurecer su fama con un tarea que de ninguna manera podía permitirle sucesos clamorosos.

El cálculo de Jackson se demostró sustancialmente justo. Habiendo subrayado oportunamente con su renuncia su propia disponibilidad, en julio de 1822 fue nombrado candidato a la presidencia de la asamblea general del estado de Tennessee, y para confirmar la seriedad de la designación, el año siguiente era elegido senador.

Jackson afronta la carrera política

En las elecciones de 1825 los candidatos que habían quedado en el campo con serias posibilidades de victoria eran cuatro, de los dieciséis o diecisiete de dos años antes. Estaban William Crawford, secretario del Tesoro, antiguo jeffersoniano representante del ala moderada del partido republicano y de los intereses de los plantadores sureños, y John Quincy Adams, que según una definición que él diera de sí mismo, era "hombre de maneras reservadas, frías, austeras, objetivas", considerado "un escuálido misántropo y un salvaje asocial" por los adversarios políticos. Adams era partidario de una política proteccionista sugerida por la situación de crisis económica que siguiera al breve y ficticio *boom* posbélico y cuyas características principales eran la superproducción de productos agrícolas y los bajos precios, especialmente del algodón, consecuencias ambas de la disminuida receptividad de los mercados europeos.

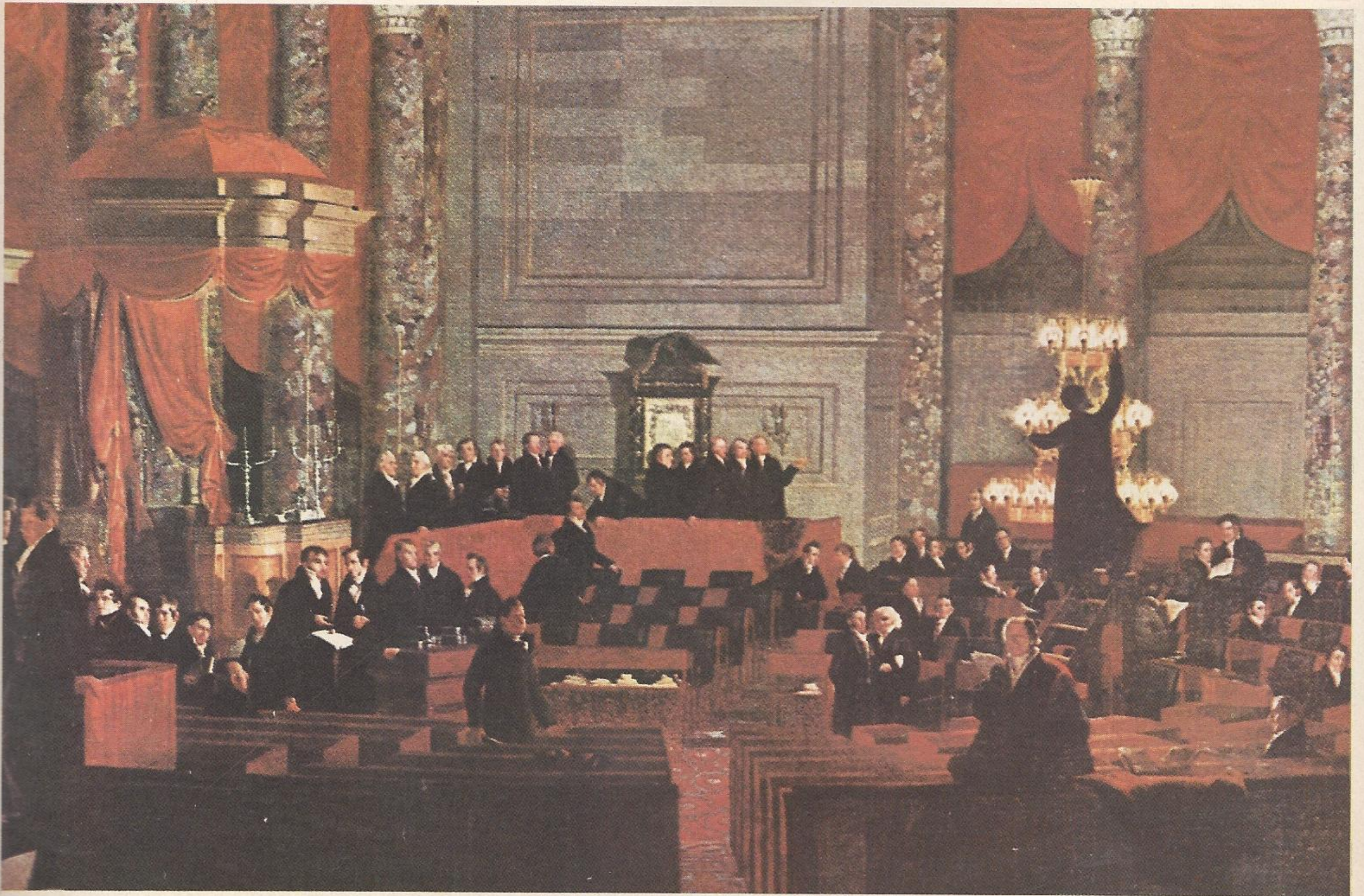
El tercer candidato era Henry Clay, nativo de Virginia, emigrado a las zonas occidentales de Kentucky y por lo tanto hombre de la frontera. Clay era conocido por su "sistema americano", que fundado sobre el principio de la estricta colaboración entre los diversos intereses económicos, los agrícolas del sur y del oeste y los industriales que nacían en las ciudades, preveía un sistema económico basado en un mecanismo de recíprocas compensaciones. El pueblo norteamericano, según Clay, "presentaba el espectáculo de un vasto conglomerado de rivalidades y de envidias, que se empujan unas a otras hacia el mar donde todos se precipitan a llevar a los futuros mercados extranjeros el fruto perecedero de su propio trabajo". Era necesario, entonces, "transformar a estos competidores en aliados y recíprocos clientes y mediante el mutuo intercambio de sus respectivos productos, colocar a la federación sobre la más sólida de todas las bases, la del interés común". Para alcanzar tal objetivo el "sistema americano" de Clay preveía un complejo mecanismo de impuestos aduaneros, cuidadosamente distribuidos entre los diversos sectores productivos, que crearía un mercado nacional tanto para los productos agrícolas como para los productos industriales.

El cuarto candidato era Andrew Jackson que, como Clay, representaba los intereses de la frontera, pero que a diferencia de Clay, cuyo "sistema americano" era demasiado complejo para ser comprendido por la mayoría de la población y de demasiado difícil aplicación, podía contar con la instintiva simpatía y la confianza incondicional de las masas que en él veían sobre todo al vencedor de Nueva Orleáns, al hombre capaz de empresas excepcionales, de batir a los indios y a los ingleses en época de guerra y de enfrentar con éxito los "tiempos difíciles" de la paz. Las elecciones fueron largamente favorables a Jackson, que obtuvo 99 votos en el colegio electoral; Adams recibió 84, Crawford 41 y Clay 37. Como ninguno había conseguido la mayoría absoluta según el segundo artículo de la Constitución, luego enmendado, la elección definitiva entre los tres candidatos que habían recibido el mayor número de votos se solicitaba a la Cámara. Adams resultaba elegido con los votos de 13 estados, Jackson recibía 7 y Crawford 4. Designado por el pueblo, Jackson era eliminado por el supremo órgano representativo a causa de la confluencia en Adams de los votos controlados por Clay, operación que le valdría al mismo Clay el nombramiento de secretario, pero que Jackson considerará una verdadera traición perpetrada contra él y el pueblo que lo había votado. A pesar de que se le esfumó la victoria, *Old Hickory* salía de las elecciones como el nuevo hombre, y los políticos más expertos, pronosticándole un seguro éxito en la elección siguiente, se apresuraron a reunirse en torno a él y a prepararse para la nueva confrontación. Cuatro años después, a continuación de una campaña electoral que no tenía precedentes en la historia norteamericana, aquellos pronósticos se vieron confirmados. Jackson obtuvo la aplastante mayoría de 178 votos contra los 83 de Adams, presidente en el cargo y único competidor.

Cuando en 1821 un periódico mencionó por vez primera su nombre como candidato a la presidencia, el mismo Jackson se mostró sorprendido y rechazó la idea como absurda, declarando ser un soldado capaz de mandar a otros soldados pero que carecía de condiciones para ser presidente. Muchos de aquellos que estaban cerca de él expresaron la misma opinión, pero otros, hallando la propuesta perfectamente natural, le ofrecieron su ayuda, apoyando sobre él sus propias fortunas políticas. Por otra parte, su inicial renuencia a aceptar la candidatura es algo sospechosa si se considera que en varias oportunidades Jackson hizo todo lo posible para aprovechar sus éxitos militares y para contribuir a mantener viva la popularidad que había conquistado. Así, en dos oportunidades, luego de la victoria de Nueva Orleáns y luego de la campaña contra los seminoles, Jackson recorrió el país pronunciando discursos, ofreciéndose a la admiración de las multitudes, creando nuevos vínculos y útiles amistades; eran los triunfos del general victorioso, pero podían ser los sondeos de un político previsor. Está también el hecho de que apenas Jackson entró en la competencia obtuvo una afirmación clamorosa, señal de que el país reconocía en él a un líder político antes que a un jefe militar.

Escribe Binkley en su historia de los partidos políticos norteamericanos que fue la depresión de la década del 20 la que proporcionó el terreno adecuado para el movimiento jacksoniano. Los observadores políticos advirtieron la existencia de una profunda inquietud entre las masas rurales y las obreras que estaban naciendo en las ciudades del este. Aquella inquietud se originaba en el creciente contraste no menos psicológico y político que económico entre los estratos populares y los grupos financieros y comerciales del este. La guerra de 1812-1815 había cerrado una etapa de la historia norteamericana, la que se basaba en los intereses seccionales y de grupo, y había signado el comienzo del advenimiento de las masas populares en la escena política, de "su majestad el número" según la expresión de John Randolph. El hombre de la calle estaba tomando conciencia de que la clase política que hasta entonces había estado en el poder había representado a los intereses particulares, descuidando los del pueblo, y reclamaba a viva voz la tutela de sus derechos. El encendido nacionalismo que se originara en la guerra de 1812-1815 desarrollaba una función unitaria y catalizadora, y transformaba a una unión de estados con intereses a menudo contrastantes y preocupados por defenderlos, en una unión nacional. Y era el pueblo y sobre todo los hombres de la frontera los que mejor representaban el ideal unitario; estos últimos, habitantes de territorios que antes de transformarse en estado habían sido gobernados directamente por el gobierno federal y habían estado sometidos a sus leyes, se sentían primero ciudadanos de la unión y luego miembros de los respectivos estados. Al ser de reciente formación carecían de aquellas tradiciones de autonomía política y de cultura de que podían enorgullecerse los estados miembros originales de la federación.

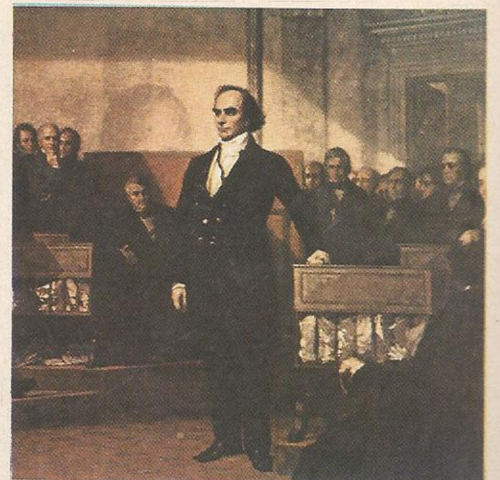
A éstos Jackson se les presentaba bajo el doble aspecto de un general victorioso que en un momento difícil había restaurado la confianza y reforzado los vínculos de la Unión, y como hombre de la frontera, en la que había vivido toda su vida, autorrealizado en virtud de su fuerza y de su fe en sí mismo. Del hombre de la frontera, Jack-



1



2



3

1. *Una sesión del Congreso de Washington* (Zennaro).

2. *Washington en 1833* (Zennaro).

3. *G. P. A. Healy,* Daniel Webster habla en el Senado, *1830* (Zennaro).



1

1. *Rachel Jackson a los 52 años* (Zennaro).

2, 3. *El Hermitage de Jackson en 1831 y en 1835* (Zennaro).

son poseía la formación mental, las convicciones, pocas y basadas en sólidos argumentos, las costumbres y también el desprejuicio. Es cierto que antes de sus triunfos militares había alcanzado una posición social y económica que lo ubicaba en una categoría privilegiada y le daba un tendencia conservadora, de intereses si no de gustos, pero justamente en ello se demostraba la influencia de aquel espíritu que debía forjar la gran democracia norteamericana: aquel conjunto de valores y de experiencias que se agrupaban bajo el rótulo de espíritu de la frontera fue más fuerte que los intereses particulares. La condición de mediano capitalista de Jackson no perturbaba el espíritu igualitario y democrático de la frontera; por el contrario, lo exaltaba. Todos en la frontera esperaban convertirse en capitalistas y las inmensas oportunidades económicas de las tierras fronterizas tornaba concreta y real aquella perspectiva. Para el colono, lo esencial era que las posiciones de partida fueran iguales para todos, que el camino a la riqueza no estuviera obstaculizado por privilegios y por posiciones preconstituidas, y que el gobierno central actuara en modo tal que la "gran carrera" se pudiera desarrollar en las condiciones más favorables para todos sin favorecer a un grupo con respecto a otro o a una zona del país en lugar de otra. El estado que pedía el colono no era solamente un estado unitario, sino sobre todo un estado equitativo, donde la unidad fuera condición de la equidad. En esta gran revolución igualitaria que se originó en la experiencia de la frontera y de la que Jackson, hombre de ella, será el intérprete, se halla la esencia de la democracia norteamericana moderna, y se halla también la explicación del diferente desarrollo de la lucha social en los Estados Unidos y en Europa. Serán el espíritu y las oportunidades de la frontera, que continuarán desarrollando su función hasta el fin del siglo, y la gran revolución democrática de Jackson los que disolverán los intereses constituidos e instaurarán el reino del "hombre común" para limitar la difusión en América del marxismo y del principio de la lucha de clase.

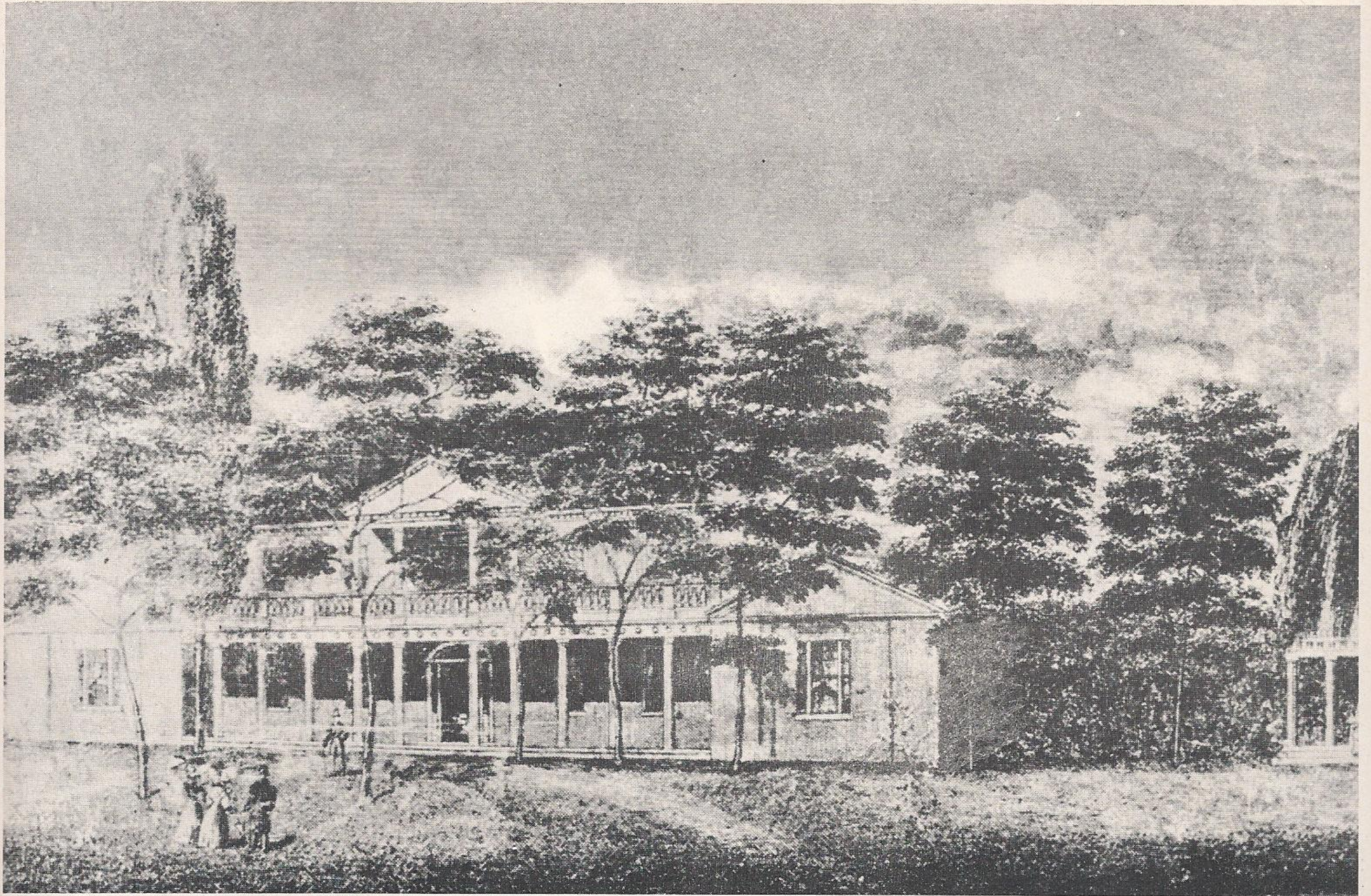
Los fundamentos de la democracia jacksoniana

La democracia jacksoniana, que no hallará nunca teóricos e ilustradores pero que se manifestará mediante la acción y una nueva forma de gobierno, se diferencia netamente de la jeffersoniana. Ambas representaron sendos ataques populistas contra los intereses del capitalismo comercial, pero fueron distintas las respuestas de las mismas al problema de la democracia y del estado.

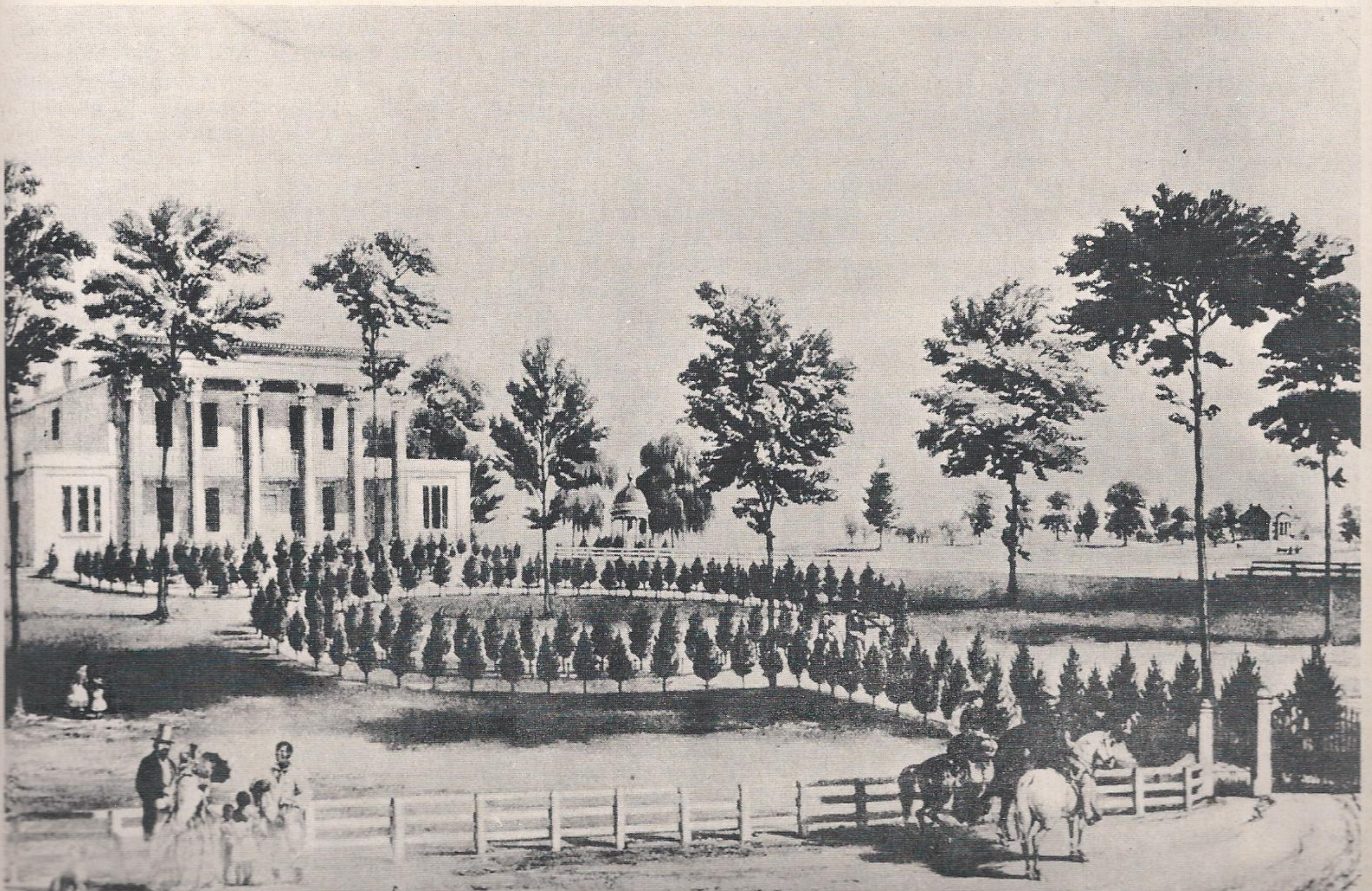
La elección de Jackson de 1828 signó la declinación de la concepción jeffersoniana y su sustitución por una nueva interpretación, más radical y más dinámica, de la democracia. Tal cambio hallaba su justificación en las vicisitudes internas del partido republicano, que luego de la desaparición de los federalistas quedó prácticamente como única fuerza política de carácter nacional. Este hecho, al privarlo de los beneficios de una indispensable dialéctica, provocó disentimientos y fracturas internas, por lo que a la larga la escisión se hizo inevitable. De la misma salieron las dos tendencias, de los republicanos nacionales que hicieron propias algunas posiciones federalistas, como aquellas favorables a un fuerte ejército profesional, a una gran flota y a una política proteccionista, y aquella de los republicanos democráticos, destinadas a transformarse en los años siguientes a 1830, a continuación de las nuevas confluencias provocadas por la política de Jackson, en el partido "whig" y en el partido demócrata.

En la base de la diferenciación entre democracia jacksoniana y jeffersoniana existían también otros motivos, más determinantes, ligados a las características económicas y a la composición social de los dos movimientos. Ambas obtenían su fuerza en el ambiente agrario, pero hacia 1828 los estados del sur, de más antiguo establecimiento y que representaban el punto principal del partido jeffersoniano, ya habían superado la fase de la frontera. El sistema económico fundado en las viejas plantaciones se había tornado completamente estático, sin que se perfilara la posibilidad de algún cambio sensible en el valor de los terrenos. La doctrina de Jefferson era, entonces, la típica de una economía agraria con perspectivas limitadas de desarrollo. Relativamente satisfechos de sus propias condiciones, los colonos del sur convertidos en plantadores no tenían nada que pedir al estado, si se excluye la protección aduanera y una política fiscal que incidiera poco en las ganancias. La democracia jacksoniana, en cambio, representaba a la frontera en pleno movimiento, a los colonos ávidos de tierras, deseosos de continuar la marcha hacia el oeste pero necesitados de medios de comunicación, en especial de caminos y de canales artificiales que los unieran con la costa a fin de hacer posible la venta de sus productos. Mientras la democracia de Jefferson había hecho suya la doctrina del *laissez faire* [dejar hacer], la de Jackson la estaba abandonando; mientras el gobierno podía hacer muy poco para mejorar las condiciones de la economía agrícola del sur, podía hacer muchísimo por la del oeste, mediante un programa de trabajos públicos para la construcción de aquellas infraestructuras necesarias para su desarrollo. Los partidarios de Jackson veían al estado, entonces, como a algo más que el estado tradicional cuya única función era el mantenimiento del orden.

La otra fuerza del movimiento jacksoniano era la clase obrera que estaba surgiendo en las zonas del este como consecuencia del proceso de industrialización que había tenido notable impulso durante los años de



2



3



1

las guerras napoleónicas y del bloqueo naval. El período jacksoniano mostró un excepcional desarrollo del movimiento sindical, favorecido por la concentración de la población de los nuevos centros. En 1828 los grupos sindicales surgidos en las ciudades eran ya numerosos, y en el lapso de diez años aparecieron cinco sindicatos de base nacional. En 1829 una asociación obrera de Filadelfia, "The Philadelfia Mechanics Trade Association", publicaba un programa político que reclamaba: instrucción gratuita, abolición de la pena de detención para los deudores y toda una serie de previsiones en el ámbito de la legislación social, desde la disminución de las horas de trabajo hasta mejores condiciones en las fábricas. Inmediatamente después del ascenso al poder de Jackson se creaba el *Workingmen's Party* [Partido de los trabajadores] en el que, algunos años después, se originaría el partido por la igualdad de los derechos conocido comúnmente con el apodo de *Locofocos*.

Los colonos del oeste y la clase obrera del este se hallaron reunidos bajo la bandera de Jackson en una alianza natural contra los intereses de las oligarquías tradicionales. Un elemento ulterior que explica el clamoroso ascenso de Jackson es el factor organizativo. Junto a Jackson, desde 1824, es decir, desde el tiempo de su primera candidatura presidencial, se reunió una nueva clase de profesionales de la política que se dedicó a preparar con empeño el éxito electoral y la utilización de nuevas técnicas. Muchos de los elementos que caracterizan hasta el presente las campañas electorales hicieron su primera aparición justamente en aquellos años. El *brain trust* [equipo de cerebros] de Jackson, formado por políticos, periodistas y también aventureros, logró llevar a la perfección el arte de organizar convenciones, reuniones de masa y desfiles y todas las innumerables manifestaciones típicas de las campañas electorales norteamericanas. El éxito mayor del equipo lo constituyó la técnica propagandística que consistía en decir y en no decir, en tocar todos los puntos a los que la opinión pública era sensible sin ir más allá de un genérico tratamiento programático, por lo que todos los intereses, aun los más contrastantes, parecían arreglados y todos los grupos esperaban de Jackson la defensa de sus propios intereses. Todo ello dio sus frutos. Luego de una campaña electoral que en las últimas semanas se tornó vertiginosa, alcanzando puntos inauditos de violencia verbal y de vulgaridad, Jackson lograba una victoria sorprendente que no tuvo igual en todo el siglo: 647.276 votos populares contra los 508.064 de Adams, 56 % del entero cuerpo electoral, que desde 1824 se había cuadruplicado, y en el colegio electoral 178 votos contra 83.

El día de la ceremonia de la toma del mando se tuvo una idea del significado de la nueva democracia. Más de diez mil personas fueron las que de todas partes del país, muchas soportando viajes de centenares de millas, se congregaron en Washington. Sin escolta, salvo la de unos pocos amigos, sin ningún aparato y sin que se viera a su alrededor ninguna divisa, Jackson, alto y erguido, simplemente vestido pero con porte muy elegante, se presentó al pueblo y leyó el discurso inaugural. Luego se alejó lentamente en carroza del Capitolio, donde había tenido lugar la ceremonia, por Pennsylvania Avenue, seguido por una procesión de caballos, carrozas y carros agrícolas. La Casa Blanca, donde se habían hecho los preparativos para el recibimiento oficial, fue invadida por una multitud compuesta por todas las clases, que se acercó al presidente deseosa de estrechar su mano. Jackson, por cuya seguridad se llegó a temer, debió huir por la ventana y refugiarse en un hotel vecino mientras la multitud vuelta hacia las mesas servidas hizo estragos con las viandas y la vajilla.

Jackson, séptimo presidente de los Estados Unidos

Como todo jefe de gran personalidad, Jackson formó un gobierno compuesto por figuras secundarias y de escasa competencia, casi todos secuaces del vicepresidente John Calhoun, que durante todo el mandato

1. Caricatura de la lucha entre Jackson y el Banco de los Estados Unidos (Zennaro).

2. Una estatuilla de 1834 que representa ingenuamente al presidente Jackson (Zennaro).



2

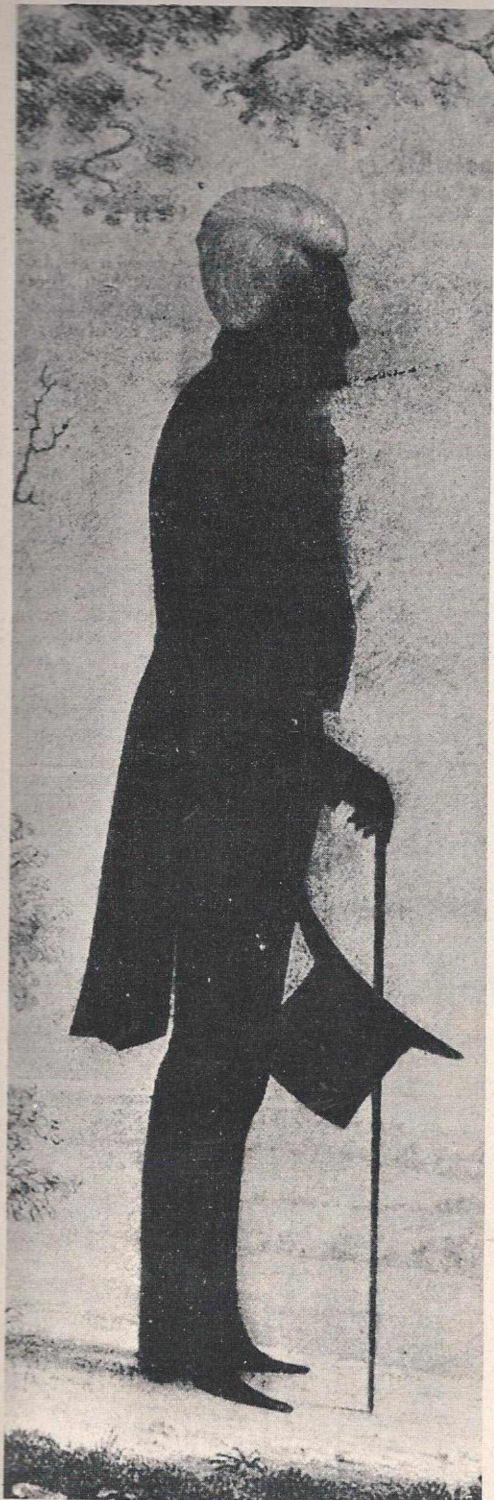
presidencial será su obstinado antagonista; la única figura de notable relieve fue Martin Van Buren, secretario de Estado, amigo y consejero de Jackson y heredero designado de la presidencia. Junto al gobierno oficial Jackson mantendrá un grupo de consejeros, el denominado *kitchen cabinet* [gabinete de cocina], elegidos entre aquellos que más activamente habían contribuido a su elección; lo integraban William Lewis, Amos Kendall, Isaac Hill y Duff Green; de tanto en tanto él los consultaba, pero manteniendo siempre una completa independencia en las decisiones finales.

Uno de los primeros actos de gobierno fue el de obrar un cambio de guardia en los órganos de la administración según el principio de la "subdivisión de los despojos" que se introducía por primera vez en la vida política norteamericana y que permanecería como característica constante. Su justificación original, dada por Jackson, era la necesidad de combatir la corrupción y la incompetencia, que habían sido objeto de continuos ataques por parte de Jackson a su predecesor durante la campaña electoral; al mismo tiempo el nuevo presidente intentaba afirmar un importante principio de gobierno democrático, el de la rotación en las funciones políticas y administrativas. También éste era un valor que se originaba en el igualitarismo de la frontera. Si todos los hombres eran iguales, ni individuos ni clases debían tener la exclusividad del poder. La experiencia no era considerada un elemento suficiente para justificar la designación a un cargo; por el contrario, el ejercicio prolongado del poder habría podido deteriorar aquellas relaciones entre administradores y administrados, indispensables en un gobierno popular, alentando el ausentismo y la burocratización de las funciones.

Aun partiendo de estas buenas intenciones, el sistema de los "despojos" debía degenerar en el principio del poder como recompensa por servicios electorales, pero se puede afirmar que durante las dos presidencias de Jackson las sustituciones de personal federal fueron limitadas y aparte de algún caso comentado, el principio de las rotaciones se mantuvo fiel a sus motivaciones originales.

Los dos episodios centrales de la presidencia de Jackson, aquellos que realizaron los principios que él había proclamado y que lo convirtieron en el defensor de la unidad del país así como en el creador de una nueva concepción de la democracia, fueron la lucha sostenida contra la banca de los Estados Unidos y el contrato con Carolina del Sur por el denominado "Acto de Anulación". Dos grandes problemas; por el modo en que los afrontó y los resolvió, Jackson adquirió estatura de gran presidente.

Luego de la guerra de 1812 el crédito bancario comenzó a desempeñar un papel im-



1. *Silueta de Jackson* (Zennaro).

2. *J. J. Amams, Jackson en Nueva Orleáns en 1840* (Zennaro).

portante en la vida económica del país, especialmente con la difusión de las actividades comerciales en áreas geográficas cada vez más amplias. Pequeños comerciantes y también agricultores dependían en forma creciente de la buena disposición de los bancos para conceder créditos a intereses razonables. En los períodos de crisis los agricultores deudores de los institutos de crédito, no pudiendo vender sus productos a precios tales que les permitieran afrontar los compromisos contraídos, estaban obligados a hipotecar sus bienes y algunas veces a cederlos enteramente; la aversión de los clientes para con la banca crecía en la misma medida que su dependencia de la misma. El Segundo Banco de los Estados Unidos, activo desde 1816 como instituto principal de crédito y que desde 1819 administraba con eficiencia y puntualidad los fondos del gobierno, era objeto de especial encono. También en la cuestión bancaria como en muchas otras jugaba el factor regional. Mientras en los estados del este su función como elemento necesario del mecanismo comercial era plenamente reconocida, en el oeste la opinión pública le era hostil, viendo en ella una concentración de riqueza que alteraba el principio de la igualdad de oportunidades para todos.

Jackson compartía personalmente esta hostilidad, y consideraba al banco como un peligro para la libertad del país; en su calidad de monopolio privado, el mismo escapaba a todo control público, y en su expansión encontraba un solo límite: el que constituía su propio interés. Al emprender la lucha contra el banco, Jackson se proponía, entonces, un objetivo exclusivamente político, ya que desde el punto de vista técnico el banco desarrollaba con eficiencia una función económicamente útil. Durante la primera campaña electoral los propagandistas jacksonianos habían mencionado la cuestión, pero fue recién en su primer mensaje al Congreso, en diciembre de 1829, cuando Jackson anunció sus propias intenciones, poniendo en duda la conveniencia de renovar al banco la necesaria concesión federal que vencería en 1836.

El presidente del banco, Nicholas Biddle, hombre de gran capacidad y del cual el mismo Jackson siempre había hablado en términos halagadores, aceptó el desafío implícito que le lanzara el presidente. Él sabía que el banco había actuado con criterios indiscutibles, y, además, que podía contar con vasto apoyo en la oposición antijacksoniana. Cediendo a la presión de los amigos permitió que se presentara al Congreso un proyecto de ley para la renovación de la concesión con algunos años de anticipación a la fecha de vencimiento. La intención de los antijacksonianos de politizar la cuestión en vista de las próximas elecciones, era evidente, como también era evidente el riesgo al que se exponían al provocar al presidente a una prueba de fuerza.

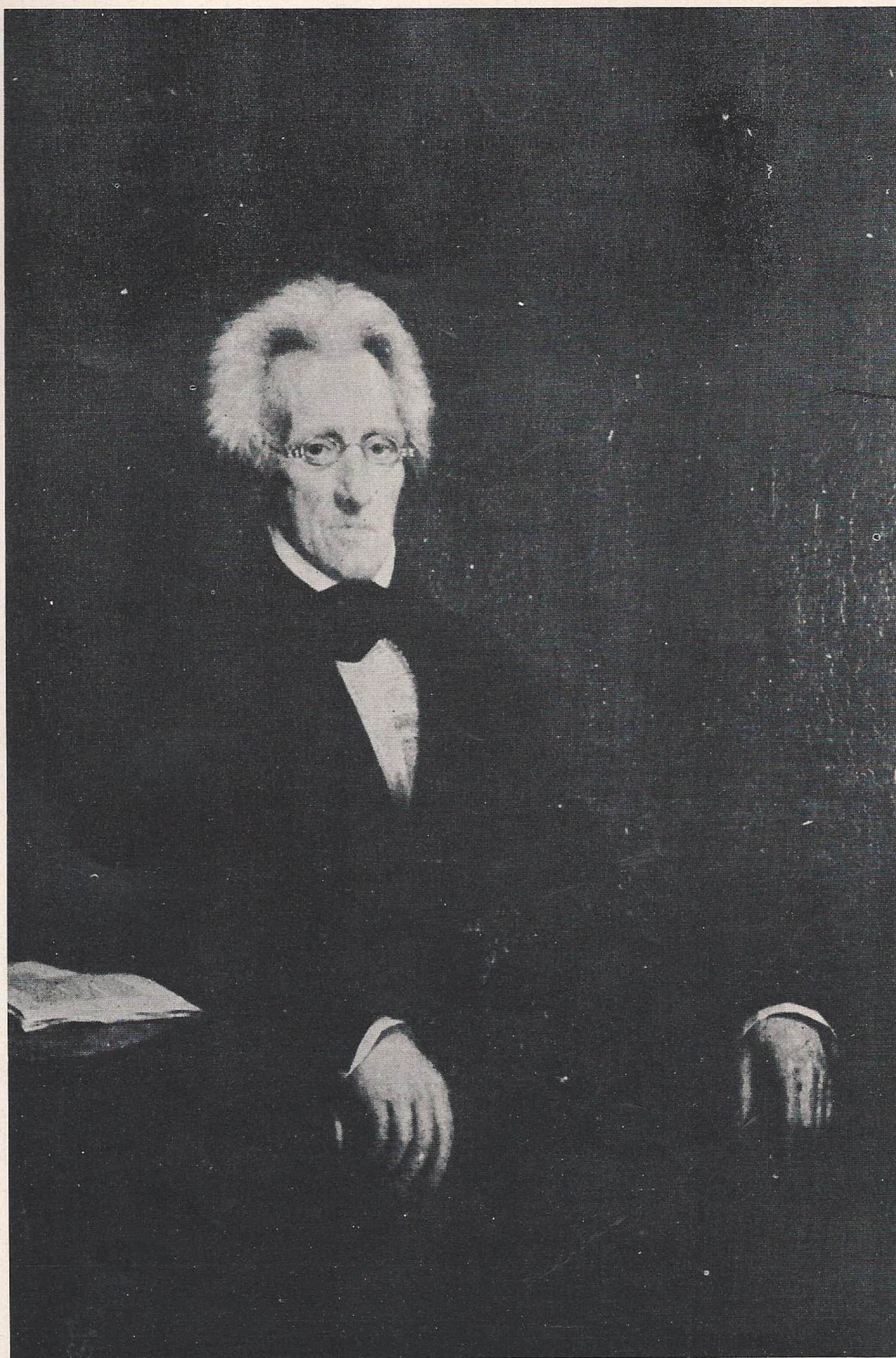
En la imprevista decisión, Jackson vio en efecto una tentativa del banco y de Biddle de ejercer una indebida presión política sobre la voluntad del gobierno; ello no hizo más que confirmar sus sospechas y los motivos de su hostilidad, multiplicando la violencia de su reacción. Aprobado en el verano de 1832 por dos ramas del parlamento, el proyecto de ley era bloqueado por el veto presidencial, uno de los más importantes de la historia norteamericana por la eficacia del mensaje que lo acompañaba y que constituía un verdadero programa político. Aún hoy el mismo conserva todo su vigor polémico.

La requisitoria era cerrada y tocaba todas las cuerdas a las que el electorado popular era especialmente sensible. En particular, Jackson solicitaba al pueblo el espíritu nacionalista, subrayando repetidamente la importancia de la contribución extranjera al patrimonio del banco y reprochando que los privilegios y las ganancias que correspondían a los norteamericanos eran gozados, en cambio, por ciudadanos extranjeros. Sabiendo que hallaría respuesta segura en el espíritu popular, Jackson volvía al tema repetidamente durante su histórico mensaje, que continuaba analizando a fondo la cuestión de las relaciones con el banco bajo la perspectiva constitucional y que concluía con una declaración de principios en la que estaba contenida toda la filosofía política de la democracia jacksoniana.

"Es deplorable que con frecuencia los ricos y los poderosos traten de forzar los actos del gobierno en beneficio del propio egoísmo. Distinciones sociales existirán siempre bajo todo justo gobierno. Absoluta igualdad de talento, de educación o de riqueza no pueden ser aseguradas por instituciones humanas. En el total aprovechamiento de los dones del cielo, de los frutos del trabajo, de la economía y de la virtud, todo hombre tiene iguales derechos a la protección de la ley, pero cuando las leyes tienden a agregar a estas justas y materiales ventajas distinciones artificiales, a atribuir títulos y privilegios exclusivistas para hacer más rico y más poderoso al que ya es rico y poderoso, entonces los miembros más humildes de las sociedad —los agricultores, los obreros, los trabajadores—, que no tienen ni tiempo ni medios para asegurar favores, tienen el derecho de lamentarse de la injusticia del propio gobierno. No existen males necesariamente naturales en el poder ejercido por el gobierno; sólo existen en los abusos de ese poder. Si el gobierno concede igual protección a todos los ciudadanos y distribuye sus favores a todos indistintamente, a pobres y a ricos, a los débiles como a los poderosos, entonces el gobierno es un buen gobierno, y sus ventajas son indubitables. Pero el acto que tengo delante de mí y que se me pide que apruebe está lejos de corresponder a estos justos principios."

La declaración era polémica e incisiva, y suscitó el entusiasmo de los adeptos de Jackson, que con alguna exageración llega-

ron a definirla como una segunda declaración de independencia.
La misma interpretaba con eficacia las expectativas del pueblo, y la campaña electoral, desarrollada con algunos planteamientos abiertamente demagógicos sobre el tema de la lucha con el banco y sobre la refirmación de los derechos del hombre de la calle contra la prevaricación de los grupos financieros y monopolistas, signó un nuevo triunfo para Jackson: 687.502 votos populares y 219 en el colegio electoral; 530.189 a los dos competidores Clay y Wirt, que lograron 49 y 7 votos respectivamente en el colegio electoral.
La victoria estimuló a Jackson a terminar la lucha contra el banco, decidiendo retirar el depósito de los fondos federales y distribuirlos en otros institutos de crédito. Para el Banco de los Estados Unidos fue el golpe de gracia: los depósitos del gobierno no fueron retirados, pero las salidas no reintegradas adecuadamente agotaron en breve su patrimonio.
La desaparición del banco provocó grandes problemas monetarios que crearon por lo menos dos oleadas de pánico en menos de diez años, y toda una serie de vastas especulaciones. La banca nacional había seguido rigurosamente la política de presentar al pago las notas emitidas por los bancos menores de provincia, por lo que luego de su clausura la emisión de papel moneda alcanzó niveles prohibitivos, dejando sin respaldo a buena parte del circulante. Durante la segunda presidencia Jackson debió dedicar buena parte de su actividad de gobierno a la solución de una situación financiera que parecía no tener vía de salida y a buscar en vano un substituto para el banco, que ejerciera una función estabilizadora. No hay dudas de que los efectos de la guerra contra la banca fueron netamente negativos para la economía del país, pero como hemos subrayado, el objetivo que Jackson se había prefijado era político. Y el mismo fue plenamente alcanzado: mientras por una parte el pueblo advertía que el gobierno se ponía por encima de las clases y de los intereses particulares, asegurando a todos los ciudadanos igualdad de derechos ante la ley, el presidente reafirmaba la vastedad de sus poderes y la supremacía del gobierno federal sobre cualquier otro poder o interés privado.



2

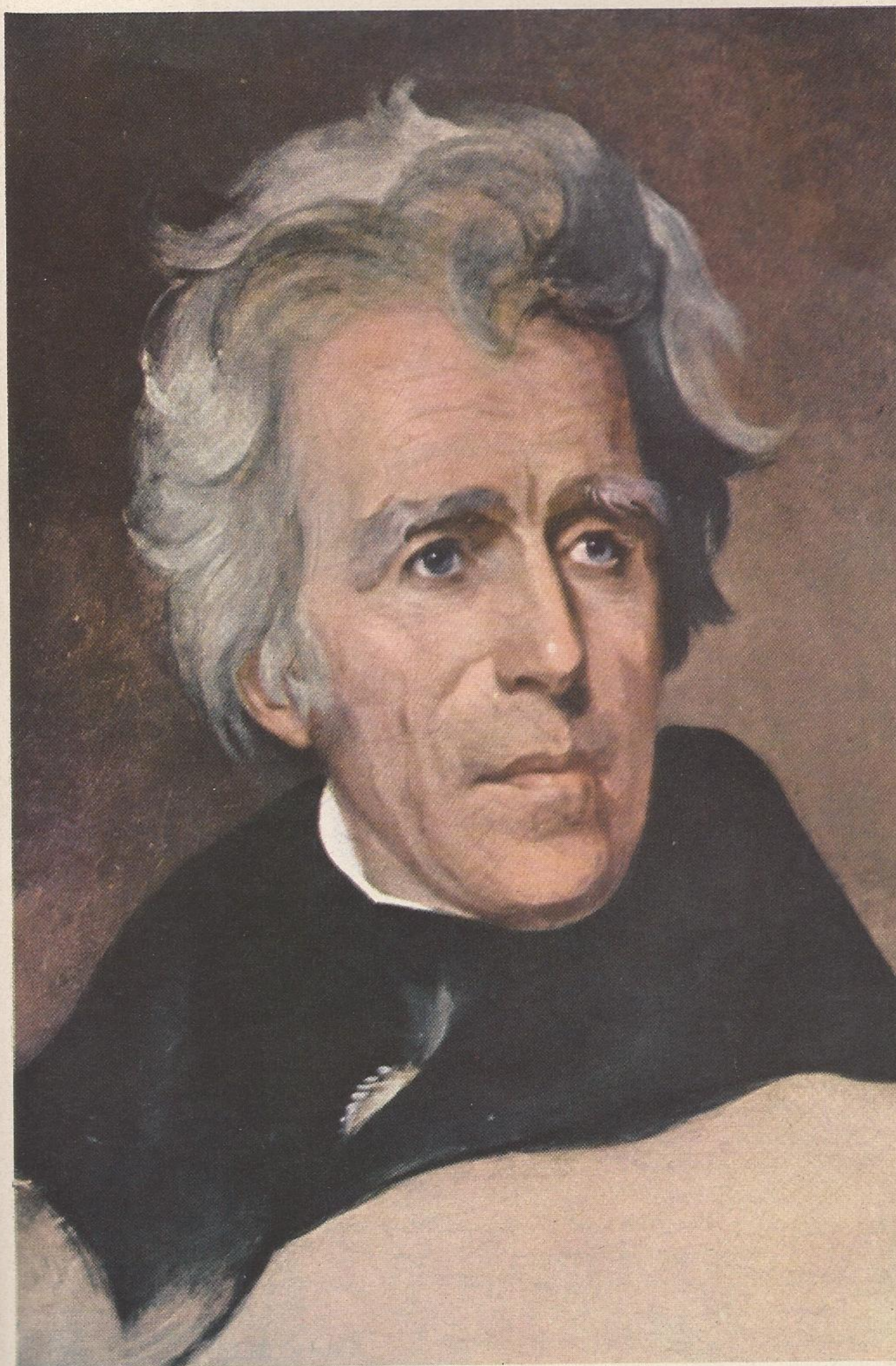
Carolina del Sur amenaza con la secesión

A pesar de su encendido nacionalismo, Jackson mantuvo siempre una posición de gran respeto por los derechos de los Estados, pero la oposición que le presentara al gobierno de Carolina del Sur demostró que en todos aquellos casos en los que estuvieran en juego el prestigio del gobierno federal y la unidad de la República que él había cimentado con sus victorias militares, no podían existir dudas acerca de su elección.
La cuestión surgida a propósito de la *South*

Carolina Exposition o doctrina de la anulación con la cual el estado de Carolina del Sur declaraba invalidada dentro de los confines del propio estado una ley federal, replanteaba el viejo problema de las relaciones entre estados federales y poder federal, destinado a permanecer sin solución hasta que las fuertes tradiciones de autonomía y los intereses a menudo contrastantes de los diversos estados se hubiera aunado en un sólido espíritu unitario en el reconocimiento de un interés común.
También esta vez los intereses en juego eran de orden económico. En el centro del problema estaba la barrera tarifaria erigida en protección de la joven industria del Este y que incidía notablemente en los intereses agrícolas del Sur. Para dificultar aún más la situación, justamente en la vigilia de la primera elección de Jackson y más bien en función de la misma, las tarifas aduaneras habían sido modificadas excesivamente con respecto al *Tariff Act* de 1828, popularmente conocido como la "Tarifa de las abominaciones" que no era otra cosa, en la intención de un grupo de políticos de la que había emergido la propuesta, que una trampa para poner en dificultades al partido adversario y conquistar los votos del Estado proteccionista de Pensilvania. Los adeptos de Jackson habían presentado un proyecto de ley ultraproteccionista tan desfavorable a los intereses comerciales de Nueva Inglaterra que se daba por descontado el rechazo por parte de los adeptos del presidente Adams, hecho que habría provocado el traspaso de Pennsylvania a la parte de Jackson. Pero, contrariamente a las expectativas y para no perder votos, en la víspera de las elecciones la mayoría moderada proteccionista de Adams la aceptó, creando así una situación difícil para los granjeros sureños, así como para el comercio de los Estados de la costa atlántica. Carolina del Sur era el Estado que aun habiendo alentado el movimiento proteccionista iniciado alrededor de 1816 con la esperanza de obtener seguros beneficios del mismo, en realidad había sufrido más que ningún otro la política proteccionista, y la célebre "Tarifa de las abominaciones" agravaba aún más la situación; por supuesto que la política proteccionista no era el único elemento responsable de la declinación económica del Estado. Otros factores de orden económico y social, como la emigración y la falta de capacidades empresarias, concurrían para explicar las dificultades de Carolina del Sur, pero la rivalidad con respecto a los más dinámicos estados del Norte, estaba demasiado arraigada para que la cuestión no terminara por colocarse en el cuadro de los problemas de la secesión.
En estas circunstancias maduró la denominada doctrina de la anulación, creada por el vicepresidente Calhoun, originario de Carolina. Según tal doctrina cada uno de los trece Estados que en 1787 habían decidido soberanamente dar vida a la Unión mantenían soberanos derechos a juzgar cuando el gobierno federal se excediera en sus propios poderes, y eventualmente a tomar medidas, mediante una convención convocada al efecto, para impedir la ejecución de los actos federales dentro de los límites del Estado.
No era la primera vez que un Estado trataba de reafirmar su propia soberanía sobre la Unión; estaban los casos de Kentucky y de Virginia de 1798 y los de Massachussetts y de Connecticutt de 1812, pero mientras en los casos precedentes se requería la voluntad de la mayoría de los Estados para la anulación de los actos federales, era la primera vez que se admitía la anulación por iniciativa de un único estado. Era una pretensión absurda que de haberse aplicado habría prácticamente destruido la Unión, y para la cual, como observó el viejo Madison, no existía en la constitución ni una sombra de apoyo. Sin embargo, luego de algunos años de espera en la vana esperanza de que el sistema proteccionista y en particular aquellas *Leyes abominables* que lo habían exaltado tanto fueran modificadas, los partidarios de la anulación pasaron a la acción. Reforzados en el interior del Estado con la elección de un nuevo gobernador, James Hamilton Jr., proclamaron la *Nullification Ordenance* [Ordenanza de Anulación] en el curso de una convención realizada en Columbia en noviembre de 1832.
La reacción de Jackson ante el acto que podía traer consigo la secesión y la guerra civil fue la de un político consumado. Durante los meses precedentes a la proclamación de la Ordenanza había tomado toda una serie de medidas militares que le habrían permitido sofocar la rebelión con facilidad. Pero una vez que se hubo asegurado la posibilidad de una rápida intervención, pasó a una táctica sumamente flexible que alteraba las amenazas con los intentos de conciliación. Uno de los elementos de aquella táctica fue una proclama que dirigió a los habitantes de Carolina del Sur, en la que se apelaba a todos los partidarios de la Unión, se prometía reexaminar la cuestión de las tarifas aduaneras, pero se rechazaba categóricamente la "Ordenanza de Anulación" y se confirmaba la indestructible unidad de la Unión.
El mensaje presidencial provocó una oleada de fervor patriótico y millares de manifestaciones públicas en favor de Jackson. Ante tal unanimidad de consensos la posición de Carolina del Sur cambió gradualmente en el curso de algunas semanas, creando las condiciones para un compromiso; pero fue recién después, cuando se hizo evidente que la línea moderada se había impuesto sólidamente, que Jackson aceptó tomarlo en consideración. El mismo dio origen a un proyecto de ley llamado eufemísticamente *Compromise tariff*, que preveía la reducción de las tarifas aduaneras en un período de diez años, al fin del cual ninguna habría sido superior al 20%. Era una victoria para ambas partes. Carolina hallaba parcial satisfacción a su pedido, el poder federal salía casi intacto del peligroso asunto, y el prestigio de Jackson se reforzaba.
De ello se tuvo la prueba cuando, inmediatamente después de la aprobación de esa ley, el *Compromise Bill*, Jackson inició una larga gira a través del país, tocando Baltimore, Filadelfia, Nueva York y Boston, para constatar, como era costumbre hacer luego de tomar importantes decisiones, los humores de los electores: la acogida fue triunfal en todas partes.
El episodio de Carolina del Sur, entonces, estaba cerrado, pero con el mismo se perfilaba, si bien brevemente, la sombra de la secesión. Jackson debe haberlo advertido claramente. "La próxima ocasión" se dice que afirmó, "serán los negros o la cuestión de la esclavitud".

La política exterior

Mientras los actos políticos fundamentales de Jackson se distinguieron por su respeto al interés nacional y a la más completa imparcialidad para con los estados, en algunos aspectos marginales de su acción de gobierno favoreció a los estados de aquel Oeste de los que recibía el apoyo mayor, sin que ello significara desventajas para los otros estados o creara desequilibrios, directa o indirectamente. La parte negativa de aquella política fue soportada por los indios, que en aquellos años, como en los futuros, hallaron a muy pocos defensores válidos para sus derechos.
Al comienzo de la presidencia de Jackson la constante presión hacia el Sur y hacia el Oeste había reducido a una población de alrededor de 50.000 indios de diversas tribus Cherokees, Creeks, Choctaws, a un angosto espacio de alrededor de 33 millones de acres. La situación era difícil para los estados limítrofes porque era una fuente de continuos incidentes entre los colonos que continuaban presionando y los indios que, creyéndose protegidos por los tratados estipulados con el gobierno federal, se negaban a reconocer la autoridad de los estados limítrofes. Contra las pretensiones jurisdiccionales de éstos las tribus indias apelaron a la Corte Suprema, que bajo la imparcial e iluminada guía de John Marshall apoyó casi siempre sus derechos. Pero los Estados (en dos oportunidades fue el caso de Georgia) desoían las sentencias de la Corte y Jackson, coherentemente con sus convicciones de hombre de la frontera, se cuidó muy bien de intervenir.
La cuestión india halló solución con el *Removal Act* de 1830, en consecuencia del cual una vez más los indios fueron obligados a un enésimo lamentable éxodo, esta vez hacia el oeste del Mississippi. En 1834 la medida era completada con una nueva ley, *The Indian Intercourse Act*, que determinaba los límites del territorio donde los indígenas habrían podido hallar "perpetua"



1

1. Jackson en el retrato de T. Sully. National Gallery of Art, Mellon Collection (Zennaro).

protección de la agresividad de los colonos. Pero bastó con que pasaran unos pocos años para que la solución se revelara nuevamente inadecuada.

En tanto, la evacuación de los indios había dejado libres a nuevas tierras, y Jackson las puso en venta, logrando doblar las entradas del gobierno federal pero provocando al mismo tiempo una gigantesca especulación facilitada por la desaparición del control sobre las emisiones de notas de banco, antes ejercida por el Banco de los Estados Unidos. Especuladores individuales y grandes grupos financieros adquirieron inmensas extensiones de terreno, pagándolas con todo tipo de papel moneda, al punto que Jackson debió intervenir ordenando que todas las adquisiciones de tierra fueran pagadas con moneda metálica. Las entradas por las ventas de tierra junto con las de las tarifas aduaneras, por primera y única vez en la historia norteamericana, permitieron al gobierno federal equilibrar el balance y acumular, justamente en los años de la crisis financiera, consecuencia de la lucha contra la banca, un considerable activo que sumaba cerca de 35 millones de dólares; en 1836 eran distribuidos entre los Estados, en razón del número de sus representantes en la Cámara, en empréstitos por tiempo indeterminado para la construcción de obras de utilidad pública como caminos y canales, de importancia vital para los agricultores de la frontera.

Como hombre de extracción provincial y de intereses limitados a las cuestiones que conocía mediante experiencia directa, Jackson dedicó poca atención a los problemas de política exterior, pero en los casos en que se ocupó lo hizo con su habitual vigor y dejando solamente a sus secretarios de Estados, de los cuales el más hábil fue sin duda Martin Van Buren, los detalles y las cuestiones marginales. Por otra parte, las líneas de la política exterior norteamericana, así como habían sido trazadas en el *Mensaje de despedida* de Washington y reiteradas por la doctrina de Monroe, dejaban poco lugar a iniciativas de gran aliento, e impedían toda participación en las cuestiones europeas.

Jackson consiguió particulares éxitos en la estipulación de un ventajoso tratado de comercio con las posesiones británicas en las Indias occidentales y en el cobro de créditos y de indemnizaciones que debían algunas naciones extranjeras, entre ellas Francia, Inglaterra, Dinamarca y el Reino de Nápoles, y que se habían producido en el período de las guerras napoleónicas como consecuencia de las expoliaciones sufridas por las naves americanas. En cuanto a Francia, que era la deudora más conspicua, Jackson actuó con firmeza y decisión. La cuestión de los créditos norteamericanos, alrededor de 25.000.000 de francos, se alargó por años durante las dos presidencias de Jackson, entre la afectada indiferencia de los gobiernos franceses que se sucedieron en

aquellos años y la incomprensión del presidente, por las sutilezas y la obstinación del difícil interlocutor. En cierto punto de la controversia, en un momento de particular tensión, Jackson llegó a movilizar la flota y también en esta circunstancia obtuvo el apoyo y la solidaridad del pueblo. La controversia terminó finalmente en 1836 con plena satisfacción de la tesis y del reclamo norteamericano y también ésta fue una pequeña victoria para el prestigio de Jackson. Más indecisa y carente de resultados inmediatos fue en cambio su política para con México a propósito de Texas, donde justamente en aquellos años un pequeño núcleo de emigrados norteamericanos, en parte colonos y en parte empresarios aventureros, trataba de separar de México al inmenso territorio. Jackson secundó activamente aquella política ofreciéndole a México 5 millones de dólares por la venta del Estado, acción que cubría toda una serie de fantásticas intrigas del embajador norteamericano en Ciudad de México, Anthony Butler, que tenían el mismo objetivo. Pero tanto la iniciativa diplomática como la ilegal fracasaron y cuando el ejército texano de Samuel Houston, que había militado bajo el mando de Jackson, se enfrentó con el mexicano en defensa de la autonomía gozada por la minoría norteamericana, Jackson asumió una posición de cauta espera, correcta en la perspectiva política pero en contradicción con la política seguida anteriormente. Luego de la masacre de El Álamo, donde 200 hombres fueron asediados y aplastados por el ejército del dictador Santa Ana que interviniera para desbaratar la rebelión, tuvo lugar la gran victoria de San Jacinto, que fue decisiva para la supervivencia del Estado de la "Estrella Solitaria". Los texanos ratificaron la constitución, eligieron a Sam Houston como presidente, introdujeron la esclavitud y mandaron enviados a Washington para solicitar el ingreso en la Unión.

En este punto, justamente cuando el objetivo que él había perseguido parecía tan cercano, Jackson hesitó, tal vez por el temor de provocar una guerra con México si concedía la anexión, tal vez, como es más probable, para distraer la atención del partido demócrata de la cuestión de la esclavitud que en aquellos años emergía con vigor en la escena política americana como cuestión de fondo, o bien por la cercanía de la campaña electoral en la que estaba por aventurarse su amigo y heredero Martin Van Buren. Recién cuando las elecciones hubieron concluido, pocos días antes de abandonar la Casa Blanca para retirarse a la paz de su hacienda de Hermitage, Jackson reconocía la independencia de Texas, rechazando su solicitud de ingresar en la Unión. La espera de Texas duró algunos años. Recién en la presidencia de Tyler y pocos meses antes de la muerte de Jackson, ocurrida el 8 de junio de 1845, Texas entraba a formar parte de los Estados Unidos, pero la amargura de los texanos por el rechazo de Jackson fue duradera y se transformó en una actitud orgullosa e individualista destinada a consolidarse en la tradición y a perdurar hasta nuestros días.

Bibliografía

Son muy numerosas las biografías de Jackson. Las dos obras consideradas hasta ahora como fundamentales son la de James Parton, *The Life of Andrew Jackson*, Nueva York, 1861, en 3 volúmenes, y la de John Bassett, del mismo título, Nueva York, 1928.

Sobre los tiempos de Jackson resulta importantísimo el libro de Arthur Schlesinger Jr., *The Age of Jackson*, Boston, 1946, lleno de color y vivacidad; más académica, en cambio, es la obra de Glyndon Van Densen, *The Jacksonian Era*, Nueva York, 1959. Apreciable también *The New Nation 1800-1845*, de Charles M. Wiltse, Nueva York, 1961, colección de ensayos sobre los primeros cincuenta años del siglo XIX. Rico en agudas intenciones el volumen de Leonard White, *The Jacksonian*, Nueva York, 1963, casi exclusivamente sobre las dos presidencias de Jackson.

Son numerosas las interpretaciones de la democracia jacksoniana en clave económica, sociológica y psicológica. Citaremos sólo las más importantes: William Mac Donald, *Jacksonian Democracy*, Nueva York, 1907; Frederick Jackson Turner (el gran historiador de la frontera americana), *Rise of the New West*, Nueva York, 1935; y también de Turner, *The United States 1830-1850*, Nueva York, 1950, y naturalmente su obra mayor *The Frontier in American History*, Nueva York, 1953; Richard Hofstadter, *The American Political Tradition*, Nueva York, 1948. En cuanto a la política exterior, S. F. Bemis, *A Diplomatic History of the United States*, Nueva York, 1950, obra general pero suficiente para la profundización de la política internacional de Jackson. John Ward, *Andrew Jackson, Symbol for an Age*, Nueva York, 1955; Marvin Meyers *The Jacksonian Persuasion*, Stanford, 1957.

Polémica

Primera historia argentina integral

PLAN GENERAL DE LA OBRA

La obra desarrolla, a lo largo de 90 fascículos, toda la historia del proceso argentino desde la creación del Virreinato del Río de la Plata hasta nuestros días y ofrece, además, un conjunto de artículos polémicos sobre los grandes problemas que desde hace decenas de años enfrentan a los argentinos, y mesas redondas sobre los temas más controvertidos, los autores de los artículos y los participantes de las mesas redondas son reconocidos especialistas de las más diversas tendencias.

METODO CON QUE HA SIDO CONCEBIDA

Cada gran etapa de la historia argentina no estará presentada como un conjunto de datos inconexos, predominantemente políticos, sino como el desarrollo de una vasta estructura, que tiene un origen y una evolución. Esta concepción general llevará a la presentación de nuevos temas y nuevos personajes, a diferencia de las historias tradicionales y de los textos en uso.

ESTOS SON ALGUNOS DE LOS ARTICULOS ESPECIALES DE LOS PROXIMOS NUMEROS:

EL NEGRO EN EL RIO DE LA PLATA.
DEPENDENCIA COLONIAL O INDEPENDENCIA NACIONAL.
ARTIGAS, UN CAUDILLO REVOLUCIONARIO.
MONARQUIA O REPUBLICA.
"DEMOCRACIA BARBARA".
LOS TERRATENIENTES FEDERALES.
ADUANA Y POLITICA.
FACUNDO QUIROGA.
LAS ECONOMIAS PROVINCIALES.
"CIVILIZACION O BARBARIE"...

Además, la obra ofrecerá una variada y moderna documentación gráfica sobre cada uno de los temas, que constituye el ARCHIVO DOCUMENTAL ARGENTINO.



Todos los miércoles
COMPRE Y COLECCIONE

Polémica

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

¡NO QUEDE AL MARGEN DE LA HISTORIA! USTED DEBE LEER

Polémica

Primera historia argentina integral

POLEMICA es la primera historia argentina que le ofrece una imagen total de nuestro pasado porque estudia, sin prejuicios, las fuerzas políticas y económicas que se mueven en cada período, sus problemas sociales y culturales, los intereses y posiciones que representan sus principales protagonistas.

La historia del país no es sólo una lista de batallas y gobernantes.
POLEMICA es la historia viva del proceso total y le ofrece todos los datos para que usted pueda interpretarlo y sentirse parte de él.

POLEMICA es polémica:
¡le permite conocer las distintas posiciones para que usted se ubique y tome **su** posición!

POLEMICA
para el lector general, el estudiante, el profesor, el especialista...

Con solo 90 fascículos usted podrá formar y tener en su biblioteca la historia argentina más moderna, más lujosamente presentada, en 10 magníficos volúmenes con miles de ilustraciones a todo color y en blanco y negro que constituyen el más importante ARCHIVO DOCUMENTAL ARGENTINO.

Todos los miércoles
COMPRE Y COLECCIONE

POLEMICA

$ 1,50

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA
más libros para más



Coleccione sus fascículos. Periódicamente usted podrá canjearlos por magníficos tomos encuadernados

Ver detalle del canje al dorso.

ARGENTINA:
Nº 103 al Nº 93 $ 1,50 m$n. 150.—
Nº 92 al Nº 1 $ 2,50 m$n. 250.—

COLOMBIA: $ 7.-
MEXICO: $ 5
PERU: S 18
URUGUAY: $ 90
VENEZUELA: Bs. 2.50